

EL

CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.

TOMO DÉCIMOSETIMO.



PARIS

ADMINISTRACION GENERAL

X. DE LASSALLE Y MELAN, EDITORES PROPIETARIOS

PASSAGE SAULNIER, N° 4.

1861

EL
INDICE DE LAS MATERIAS
EN LOS LIBROS
CORREO DE ULTRAMAR

PORTE LITERARIA ILUSTRADA.

TOMO DECIMOQUINTO.



PARIS

ADMINISTRACION GENERAL

DE LA LIBRERIA Y MEXIA. EDITORES RESPONSABLES

1904

1904

INDICE DE LAS MATERIAS

DEL TOMO DÉCIMOSETIMO.

Número 417.

	Páginas.
El general de Bentzmann (grabado).....	4
Leyendas de un alma triste.....	id.
De Tien-tsing á Pekin (grabados).....	3
Revista de Paris.....	6
Mi juventud.....	7
Desdunes de veinte años.....	id.
Fuertes y panorama de Gaeta durante el sitio (grabados).....	8
Una historia inglesa.....	10
Una excursion al Vesubio (grabados).....	11
Hamilton-Palace, residencia de S. M. la emperatriz de los franceses durante su permanencia en Escocia (grabado).....	13
Una mañana de mayo.....	14
Revista de la moda.....	15
Una cacería en el Libano.....	id.
La ronda de los meses (grabado).....	16

Número 418.

Recepcion en Yeddo (grabado).....	17
Leyendas de un alma triste.....	18
Sidi-Ferruch (grabados).....	20
Estatua de Weber en Dresde (grabado).....	id.
Entrada del enviado prusiano en Yeddo (grabado).....	21
Revista de Paris.....	22
A un águila.....	id.
El conejo.....	23
Los Campos Elíseos de Madrid.....	id.
Expedicion de China (grabados).....	id.
Una historia inglesa.....	26
La entrada del puerto del Havre (grabados).....	28
La luz y las fotografías.....	29
Batería flotante austriaca delante de Venecia (grabados).....	id.
Una cacería en el Libano.....	30
El día de Año nuevo en la China (grabado).....	31
Salida de Marsella de los restos mortales de la duquesa de Alba (grabado).....	32

Número 419.

La biblioteca del Louvre (grabado).....	33
Revista Española.....	34
Letrilla.....	35
Revista de Paris (grabados).....	id.
Monumento fúnebre de la Rachel (grabado).....	37
Una historia inglesa.....	id.
La China abierta al comercio de ambos mundos (grabados).....	39
Leyendas de un alma triste.....	42
El día de Reyes en la Alemania meridional (grabado).....	43
Llegada á España de los restos de la duquesa de Alba (grabado).....	46
La franqueza literaria.....	id.
Premios á la virtud.....	id.
Revista de la moda.....	47
Miguel Salvoni (grabado).....	id.
Inauguracion de la estatua del poeta Tolens en Rotterdam (grabados).....	48

Número 420.

Cafés del Barrada en Damasco (grabado).....	49
Una visita á las Bernardinas de Anglet.....	id.
Revista de Paris.....	50
El primer amor.....	51
En el album de la señorita doña R. R. E. I.....	id.
Estatuas de Gutenberg y de Dionisio Papin (grabados).....	id.
Federico Guillermo IV y Guillermo I de Prusia (grabados).....	52
Estatua de la Victoria alada del museo de Brescia (grabado).....	53
Una historia inglesa.....	54
Roma (grabados).....	55
Los aventureros.....	58
Antigua iglesia abacial de Echternac (grabado).....	59
Nueva fachada del palacio de Bellas Artes en Paris (grabado).....	60
El parque Central de Nueva York (grabado).....	62
El mayor pesar.....	id.
¡Pobre amor tan bello!.....	id.
Boletín científico.....	id.
Pieza de un juego de ajedrez regalado á Carlomagno (grabado).....	63
Fábrica de papel en Argelia (grabado).....	64

Número 421.

	Páginas.
Estado actual de las obras del canal del Ourcq (grabado).....	65
Los viajes.....	id.
Una comida de moros.....	66
Revista de Paris.....	67
La crecida del Sena (grabados).....	68
El arsenal de Mantua (grabado).....	69
Escena de la Revista del teatro de Variétés (grabado).....	id.
Una historia inglesa.....	70
Noticias de la China (grabados).....	71
Costumbres orientales.....	74
Embellecimientos de Paris (grabados).....	75
La caza con buho (grabados).....	76
Los aventureros.....	78
Revista de la moda.....	79
Febrero (grabado).....	id.

Número 422.

El palacio Arson en Niza (grabados).....	81
Biografías contemporáneas.....	82
Revista de Paris.....	83
Las estrellas.....	id.
Mauricio (isla de Francia) (grabados).....	id.
Fiesta nocturna en el lago de Longchamps (grabado).....	85
Una historia inglesa.....	86
Obras del canal de Suez (grabados).....	id.
Los aventureros.....	88
Mlle Karoly (grabado).....	id.
Retrato de M. de Escayrac de Lauture (grabado).....	92
Sala de exposicion del círculo de Artes-unidas de Paris (grabado).....	id.
Nuevos tipos de monedas francesas (grabados).....	93
Baile dado al príncipe imperial por la princesa Matilde (grabado).....	id.
Ayer. Hoy. Mañana.....	94
Aben-Hamet, ó la venganza.....	id.
Mi amor.....	95
Los estudiantes de Heidelberg (grabados).....	id.

Número 423.

Los patinadores en el riachuelo del bosque de Boulogne (grabado).....	97
Revista Española.....	id.
El bombardeo de Gaeta (grabado).....	100
Casa del general Bonaparte en Paris (grabados).....	101
Revista de Paris.....	id.
¡Adios!.....	102
Desaliento.....	id.
Era cristiana.....	id.
Condecoracion ofrecida á Garibaldi (grabados).....	103
La Prudencia impidiendo el mal (grabado).....	104
Aspecto del Sena en la mañana del 12 de enero de 1861 (grabado).....	id.
Una historia inglesa.....	105
La Fuerza favoreciendo el bien (grabado).....	id.
El carnaval y el miércoles de ceniza (grabados).....	107
Los aventureros.....	109
Revista de la moda.....	111
Enfermedad y muerte de los condes de Montemolin y su hermano (grabado).....	id.
Pericles Argyropoulo (grabado).....	112

Número 424.

Apertura de la legislatura francesa en 1861 (grabado).....	114
La enamorada.....	id.
El movimiento separatista en los Estados Unidos (grabados).....	115
La marea en Paris (grabados).....	118
Revista de Paris.....	id.
El serafín y la mujer.....	119
Un sueño.....	id.
Era cristiana.....	id.
Expedicion de Siria (grabados).....	120
Una historia inglesa.....	122
Un estío en las márgenes del Danubio (grabados).....	123
Los aventureros.....	126
Nuevas banderas de los estados de la América del Sur (grabado).....	128
Enrique Murger (grabado).....	id.
Copa regalada al sultan por el duque de Brabante (grabado).....	id.

Número 425.

	Páginas.
Las inundaciones de Holanda (grabado).....	129
Impresiones y recuerdos.....	130
La enamorada.....	id.
El mariscal Bosquet (grabado).....	132
Naufragio de la <i>Reine Mathilde</i> (grabado).....	id.
Baile dado en casa del conde Walewski (grabado).....	133
Revista de Paris.....	134
Una historia inglesa.....	id.
El gran teatro de Moscou (grabados).....	135
Los aventureros.....	138
Servicio de correos en los ferro-carriles (grabados).....	139
La playa de la dama maldita.....	141
Alfilerazos.....	143
Una leccion.....	id.
Revista de la moda.....	id.
El mes de marzo (grabado).....	144

Número 426.

La <i>Circasiana</i> (grabados).....	145
La enamorada.....	id.
Revista de Paris.....	147
El mercado de animales en Paris (grabado).....	id.
Viaje de la comision europea de Beyruth á Damasco (grabados).....	150
Una historia inglesa.....	id.
La rendicion de Gaeta (grabado).....	151
Las inundaciones de Holanda (grabado).....	154
Los aventureros.....	id.
La ciudad de Lyon (grabados).....	155
Histórico.....	158
La mañana.....	id.
Boletín científico.....	id.
Instrumento indicador de la corriente (grabado).....	159
Pedro Espagne (grabado).....	160
La miseria en Lóndres (grabado).....	id.

Número 427.

Escena de inundacion en Nieuwaaal (grabado).....	161
La enamorada.....	id.
Episodio histórico de Cataluña.....	162
El general Cialdini (grabado).....	164
Apertura del Parlamento italiano (grabado).....	id.
Llegada de Francisco II á Terracina (grabado).....	id.
Revista de Paris.....	166
Piropos.....	167
La venida á la ciudad.....	id.
Mi lira.....	id.
El Jardin zoológico de aclimatacion (grabado).....	id.
Una historia inglesa.....	170
Historia de las modas en Francia desde hace un siglo (grabados).....	171
Los aventureros.....	174
Un jarron italiano de la fábrica de Urbino (grabado).....	176
Eugenio Scribe (grabado).....	id.

Número 428.

Corona regalada á Victor Manuel por la municipalidad de Turin (grabados).....	177
Revista Española.....	178
Escenas de la Carolina del Sur (grabados).....	180
Objetos preciosos de la China (grabados).....	181
Revista de Paris.....	182
Antonio Badia y Leblisch.....	id.
Historia de las modas en Francia desde hace un siglo (grabados).....	183
Una historia inglesa.....	186
Monseñor Sacconi (grabado).....	188
Un baile en Belgrado (grabado).....	id.
Don José de Madrazo (grabado).....	189
La fiesta de san José en Paris (grabado).....	id.
Medalla de la expedicion de China (grabado).....	190
Los aventureros.....	id.
Revista de la moda.....	191
La Primavera (grabado).....	192

Número 429.

Evacuacion de los fuertes de Messina (grabado).....	193
La Iliada moderna.....	id.
Las despedidas.....	194
Revista de Paris.....	195
Ricardo Wagner (grabado).....	196
Teatro de la Academia imperial de música (grabado).....	id.

INDICE.

Páginas.	Número 431.	Páginas.	Páginas.
<p>Sucesos de Varsovia (grabados)..... 197 Uná historia inglesa..... 198 Historia de las modas en Francia desde hace un siglo (grabados)..... 199 Vénus guerrera..... 202 Una mujer y una flor..... id. Antonio Badia y Lebllich..... 203 Fiesta de beneficencia en San German (grabado)..... id. Llegada de Francisco II al Quirinal (grabado)..... 204 La procesion del viérnes santo en Toledo (grabado).. 206 Los aventureros..... id. El coronel Osmond (grabado)..... 208 La Aurora de la independencian italiana (grabado)..... id.</p> <p style="text-align: center;">Número 430.</p> <p>l presidente y el vicepresidente de la confederacion del Sur (grabados)..... 209 El general Sidi-Kiar-Eddin (grabado)..... 210 El marqués Topputti (grabado)..... id. Impresiones y recuerdos..... id. Los ojos negros..... 211 Revista de Paris (grabados)..... id. El convento de Canobin y los cedros del Líbano (grabados)..... 213 La guerra literaria..... 214 En un baile..... id. Costumbres orientales..... id. Triremo romano construido segun las instrucciones del emperador Napoleon III (grabado)..... 215 Historia de las modas en Francia desde hace un siglo (grabados)..... 217 Una historia inglesa..... 218 El nuevo puente del Rhin (grabado)..... 219 Reproduccion artificial de los animales acuáticos (grabados)..... 220 Los aventureros..... 222 Revista de la moda..... 223 El mes de abril (grabado)..... id.</p> <p style="text-align: center;">Número 431.</p> <p>Presentacion de la respuesta del Cuerpo legislativo al discurso del tronó (grabado)..... 225 El spleen..... 226 Dos niñas..... 227 La duquesa de Kent (grabado)..... id. Palacio provisional del Parlamento italiano (grabado). 228 El general Scott (grabado)..... 229 La inauguracion de la estatua de Manin (grabado)..... id. Revista de Paris..... 230 Premios á la virtud..... id. Historia de las modas en Francia desde hace un siglo (grabados)..... 231 Una historia inglesa..... 234 Vistas de New-Westminster (grabados)..... 235 El gran penitenciario en Roma (grabado)..... 236 Los aventureros..... 238 El domingo de Cuasimodo en la baja Bretaña (grabados) 239</p> <p style="text-align: center;">Número 432.</p> <p>Revista Española..... 241 Las carreras de caballos en la Marche (grabado)..... id. Exposicion universal de Lóndres (grabado)..... 243 Fiesta de beneficencia en Aurillae (grabado)..... 244 Regreso del virey de Egipto á Alejandria (grabado)... 246 Revista de Paris..... id. El pájaro azul..... id. El primero que voló en España..... 247 Isla Mauricio (grabados)..... id. Una historia inglesa..... 250 Historia de las modas en Francia desde hace un siglo (grabados)..... 251 Los aventureros..... 254 Revista de la moda..... 255 Teatro imperial del Odeon (grabado)..... 256 Una vista de Gaeta despues del bombardeo (grabado).. id.</p> <p style="text-align: center;">Número 433.</p> <p>Traslacion de las cenizas del emperador Napoleon I (grabado)..... 258 El remedio del amor..... id. El cuartel de los Inválidos en Paris (grabados)..... 259 Un oso..... 261 Revista de Paris..... 262 La locura de amor..... id. Oda á la brevedad de la vida..... 263 El y yo..... id. Inauguracion del puente del Rhin (grabados)..... 264 Washington (grabado)..... 265 Una historia inglesa..... 266 Historia de las modas en Francia desde hace un siglo (grabados)..... 267 Los aventureros..... 270 Boletin científico..... 271 Vistas de Roma (grabados)..... id.</p>	<p>Sucesos de Varsovia (grabado)..... 273 El remedio del amor..... 274 Una batalla naval nocturna..... id. Revista de Paris..... 275 Vista de Ascoli (grabado)..... 276 Civitella del Tronto (grabado)..... id. Vista general de Civitella del Tronto (grabado)..... id. Emancipacion de los siervos en Rusia (grabado)..... 278 Juana d'Arc..... id. Historia de las modas en Francia desde hace un siglo (grabados)..... 279 Una historia inglesa..... 282 Tipos alsacianos (grabados)..... 283 Los aventureros..... 285 Revista de la moda..... 287 El mes de mayo (grabado)..... 288</p> <p style="text-align: center;">Número 435.</p> <p>Banquete dado á los batallones movilizados de la guardia nacional de Nápoles (grabado)..... 289 Juan Arolas..... id. La esperanza y la realidad..... 291 Sus Majestades neerlandesas en Amsterdam (grabados) id. Tienda de campamento regalada al rey Victor Manuel (grabado)..... 294 Revista de Paris..... id. A la niña de los ojos negros..... id. La fuente y el mar..... 295 Expedicion al Cayor y al alto Cosomance (grabados).. id. Una historia inglesa..... 298 Historia de las modas en Francia desde hace un siglo (grabados)..... 299 Juana d'Arc..... 302 Las coronas del rey godo Recesvinto (grabado)..... 303 El general Chrzanowski (grabado)..... 304 Baile dado en Turin á los diputados italianos (grabado) id.</p> <p style="text-align: center;">Número 436.</p> <p>El general Benedek (grabado)..... 305 Revista Española..... id. El pez..... 307 En el album de una niña de quince años..... id. Costumbres orientales..... id. Dibujos de Roma (grabados)..... 308 Exposicion de la loteria á beneficio de los inundados en la Haya (grabado)..... 309 Revista de Paris..... 310 Recuerdos de viaje..... id. Exposicion de pinturas de 1861 (grabados)..... 311 Una historia inglesa..... 314 Historia de las modas en Francia desde hace un siglo (grabados)..... 315 Juana d'Arc..... 318 Revista de la moda..... 319 Los salmones del Rhin (grabados)..... id.</p> <p style="text-align: center;">Número 437.</p> <p>Círculo militar de Milianah (grabado)..... 321 El mundo al revés..... id. Revista de Paris..... 322 La resignacion..... 323 Cupido en desgracia..... id. Aniversario de la proclamacion de la guerra de la independencia de Grecia (grabado)..... id. Misa militar en Beyruth (grabado)..... 324 Incendio del gran teatro del Liceo en Barcelona (grabado)..... 325 Representacion dramática en casa del conde de Nieuwerkerke (grabado)..... id. Una historia inglesa..... 326 Exposicion universal de Metz (grabado)..... 327 Exposicion de agricultura y de horticultura en Niza (grabado)..... id. Hyeres y las islas de Oro (grabados)..... 329 Juana d'Arc..... 330 Los bajo-relieves de la estatua de Juana d'Arc (grabados)..... 331 Historia de las modas en Francia desde hace un siglo (grabados)..... 333 Boletin científico..... 335 El cáliz de san Remo (grabado)..... 336 El sepulcro de Alfredo de Musset (grabado)..... id.</p> <p style="text-align: center;">Número 438.</p> <p>Mohamed-Sadok, bey de Tunez, prestando juramento á la Constitucion (grabado)..... 337 Juana d'Arc..... 338 Fiestas en Tunez (grabados)..... 339 Ricardo Cobden (grabado)..... 340 Biskra (grabado)..... 341 Revista de Paris..... 342 El marqués de Villena..... id. Recuerdos..... 343 Vista de Roma tomada del Coliseo (grabado)..... 344 La toma del fuerte Sumter (grabado)..... 346 Una historia inglesa..... id.</p>	<p>Historia de las modas en Francia desde hace un siglo (grabados)..... 347 Informe dado á la Sociedad imperial zoológica de aclimatacion..... 350 Revista de la moda..... 351 Junio (grabado)..... 352</p> <p style="text-align: center;">Número 439.</p> <p>Apuntes biográficos (grabados)..... 353 Bandera de los Estados confederados y timbre del Mississippi (grabados)..... 354 San Isidro..... id. Consejos de una madre á su hija..... 355 Ceremonias de la fiesta del Corpus en Marsella (grabados)..... id. Concurso regional agrícola de Lyon (grabado)..... 356 Revista de Paris..... 358 Exposicion universal de Lóndres..... id. Expedicion de Cochinchina (grabados)..... 359 Una historia inglesa..... 362 Cartas de recomendacion..... 363 Historia de las modas en Francia desde hace un siglo (grabados)..... id. Juana d'Arc..... 366 El príncipe Alfredo de Inglaterra en San Pedro de la Martinica (grabados)..... 368</p> <p style="text-align: center;">Número 440.</p> <p>Diputaciones de aldeas anamitas acudiendo á someterse al almirante Charner (grabado)..... 369 Revista Española..... id. Ultimas noticias de la Cochinchina (grabados)..... 372 Apertura de las Cámaras en Austria (grabados)..... 373 Revista de Paris..... 374 Serenata..... 375 A Dolores..... id. Exposicion de 1861 (grabados)..... id. Juana d'Arc..... 378 Recepcion del conde Kalnoky (grabados)..... 380 Historia de las modas en Francia desde hace un siglo (grabados)..... id. Cenizas de antiguas llamas..... 382 Revista de la moda..... 383 Monseñor de Mazenod (grabado)..... 384 El príncipe de Aueszperg y el baron de Vay (grabados) id.</p> <p style="text-align: center;">Número 441.</p> <p>La Kermesse de Mons (grabado)..... 385 Cenizas de antiguas llamas..... 386 Correspondencia de los Estados Unidos (grabados)... 388 Historia de las modas en Francia desde hace un siglo (grabados)..... 389 Revista de Paris..... 390 La vejez..... 391 Los concursos regionales franceses en 1861 (grabado). id. Museo monetario en la casa de la Moneda de Paris (grabado)..... 394 Isla Española ó de Santo Domingo..... id. El Ictineo Monturiol..... 395 Exposicion de 1861 (grabados)..... 396 Juana d'Arc..... 397 El rocío..... 398 Boletin científico..... id. Ladislao Teleki (grabado)..... 399 El príncipe Alejo Orloff (grabado)..... id. El duque de Sangro (grabado)..... 400</p> <p style="text-align: center;">Número 442.</p> <p>Entrega de banderas á los nuevos regimientos italianos (grabado)..... 401 La Puerta del Sol..... id. Revista de Paris..... 402 Del matrimonio entre consanguíneos..... 403 Monseñor Ravinet (grabado)..... 404 Fiesta nacional celebrada el 2 de junio en Turin (grabado)..... id. Exposicion industrial de Rottwell en la Selva Negra (grabados)..... 405 La literatura española en los años de 1858 y 1859..... 406 Recuerdos del 23 de junio en la baja Bretaña (grabados). 407 A la Fortuna..... 410 Los ecos..... 411 La primavera..... id. El criado..... id. oncurso regional agrícola de Toulouse (grabado)..... 412 Construcion de diques en el Var (grabado)..... id. Viaje de SS AA. II. el príncipe Napoleon y la princesa Clotilde (grabado).. 413 El gondolero de San Marcos..... id. Los representantes de la Prusia y del Japon firmando el tratado de comercio en Yeddo (grabado)..... id. Boletin científico..... 414 Monólogo de un desocupado..... 415 El vicealmirante francés M. Le Barbier de Tinan (grabado)..... 416 Corona regalada á la ex-reina de Nápoles (grabados).. id.</p>	

FIN DEL INDICE.

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1861. — Tomo XVII.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

Administracion general, passage Saulnier, núm 4, en Paris.

AÑO 20. — N° 447.

SUMARIO.

El general de Bentzmann; grabado. — Leyendas de un alma triste. — De Tien-tsin á Pekin; grabados. — Revista de Paris. — Mi juventud. — Despues de veinte años. — Fuertes y panorama de la ciudad de Gacta durante el sitio; grabados. — Una historia inglesa. — Una excursion al Vesubio; grabados. — Hamilton palace, residencia de S. M. la emperatriz de los franceses durante su permanencia en Escocia; grabado. — Una mañana de mayo. — Revista de la moda. — Una caceria en el Líbano. — La ronda de los meses; grabado.

beza del 10° regimiento de artillería montada. Llamado el 6 de noviembre de 1859 al mando de la artillería del ejército de China, fué promovido al empleo de general de brigada el 6 de noviembre de 1860, en recompensa de sus brillantes servicios desde el principio de la campaña.

En efecto, gracias á sus acertadas disposiciones, la artillería francesa pudo acercarse al fuerte de Taku, y facilitó su ocupación á viva fuerza. Caballero de la orden británica del Baño y condecorado con la orden del Med-

jidié, el general de Bentzmann es oficial de la Legion de Honor desde el 16 de junio de 1855.

LEYENDAS DE UN ALMA TRISTE.

EL HERMANO LORENZO.

I.

Hay en la calle de San Pablo de la ciudad de Barcelona una fundicion de hierro titulada *La maquinista terrestre y marítima*. El inmenso local que ocupa hoy esta fábrica, fué en otro tiempo claustro, cementerio y dependencias del famoso convento de San Agustin.

¿Porqué de sagrado retiro pasó á ser este lugar de oracion y de recogimiento, fuente de manufactura y fornalla de fundidores de hierro? Eso solo Dios que dispone de la suerte de todas las cosas y de la vida de las criaturas, podria responderlo: y como sus altos juicios son inescrutables, no hay para qué tratar de profundizarlos. Es necesario llegar á ellos con las manos y verlos con los ojos, y no inquirirlos con la meditacion ni con la luz del entendimiento.

Lo dispuso el Señor, y se cumplió su eterna voluntad: ¿fué para ejemplo de las generaciones venideras? ¿Fué para probar la fortaleza de aquellos escogidos? ¿Fué tremendo castigo?... nadie puede asegurarlo...

Pero el 25 de julio de 1835, estando el cielo cubierto de espesas nubes, cargada la atmósfera de electricidad y de calor, se corrian toros en la famosa plaza de Barcelona por ser la fiesta de san Jaime, patron de España.

Comenzó la lidia á las cuatro de la tarde; los toros eran malos, la cuadrilla no trabajó como debia; el teniente de rey que presidia la fiesta, en lugar de mandar á la multitud, suplicaba.

El pueblo, descontento del espectáculo y en efervescencia por las noticias políticas que de Madrid y de Reus habian llegado, demostraba su inquietud. Principió el desorden por silbidos y gritos: continuó por arrojar naranjas, sillas y tablas, desde los palcos, al toro; luego por arrancar la cuerda que rodeaba el tendido y por lanzarse con ella varios hombres y muchachos, espíritus turbulentos, al centro de la plaza: allí los mas osados ataron por las astas al animal muerto en la lidia, y asidos á la cuerda, dos ó trescientos hombres salieron como un torrente desbordado por las puertas del toril arrastrando al toro, que hecho pedazos, llegó á

El general de Bentzmann.

El general de Bentzmann (Teobaldo-Juan) nació en Malinas (Bélgica) el 8 de mayo de 1812. Discípulo de la Escuela politécnica en 1831 y de la Escuela de aplicacion de Metz en 1833; segundo alférez en 1836; primero en 1837; segundo capitán en 1841; citado á la orden del ejército en julio de 1841; caballero de la Legion de Honor en 1842; capitán primero en 1847, hizo de 1837 á 1842 y de 1846 á 1848 las campañas de Africa, donde mandó la artillería en Cherchell; fué agregado al jefe del servicio de la artillería en Oran y luego pasó á las órdenes del general Lamoriciere. De regreso á Francia con el general en enero de 1848, el capitán Bentzmann, despues de haber sido agregado á la comision de defensa nacional, fué nombrado en julio de 1848 oficial de ordenanza cerca del ministro de la Guerra, y en julio de 1849 fué puesto á la disposicion del ministro de Negocios extranjeros para acompañar al general Lamoriciere, ministro plenipotenciario cerca del emperador de Rusia.

De vuelta de esta mision, el capitán Bentzmann fué empleado en el depósito central de artillería. Comandante de escuadron del 11° regimiento de artillería en 1852, agregado en 1854 al mando de la artillería del 2° cuerpo de ejército del campo del Norte, segundo comandante de estado mayor de la artillería del ejército de Oriente en 1855 y teniente coronel el mismo año, tomó una parte activa en el sitio de Sebastopol. Agregado en 1856 al general comandante de la artillería en la 8ª division militar, fué nombrado coronel en 1858, y puesto á la ca-



EXPEDICION DE CHINA. — EL GENERAL DE BENTZMANN.

la ciudad por la salida de la puerta del Mar. Hasta San Francisco no se detuvo la turba, y como ya en medio del tumulto se habia en la plaza de toros lanzado el grito de *á los conventos*, los que habian arrastrado el toro, hicieron la primera tentativa de pegar fuego á las puertas del de San Francisco.

Desbaratados sus proyectos por la fuerza armada, que en corto número y precipitadamente acudió del inmediato fuerte de Atarazanas, se retiraron en completa dispersión, y se reunieron de nuevo en San José, de carmelitas descalzos, donde consiguieron prender fuego; y á las doce de la noche ardian ya además de este convento, el del Carmen, los trinitarios, los dominicos, los mínimos y el famoso de San Agustín.

Aun ven los ojos atónitos un mancebo como de veinte años, alto, delgado y bien parecido, hijo de un honrado artesano, que fué el primero en arrimar la lumbre á la puerta de la fachada principal de la iglesia. El grupo de mujeres y de muchachos que capitaneaba, le obedecía respetuosamente. ¡Cómo se imponen los espíritus buenos ó malos á la multitud, cuando los impele el genio ó los excita la energía de la pasión!

Otro mancebo aragonés, de unos veinte y dos años, nervioso y pálido, entró el primero en San Agustín; siguióle la multitud, y á los pocos momentos los lamentos y las llamas llegaban al cielo, acusando el crimen que en aquella tarde y horrible noche se perpetraba en Barcelona.

Al despuntar la aurora del día 26 de julio de 1835, mas de treinta frailes habian muerto á filo de hierro; trescientos, lo menos, buscaban asilo en casa de sus mortales enemigos, y setecientos se salvaron en los castillos de Atarazanas, Monjuich y Ciudadela.

El resto de las comunidades salió para el extranjero, abandonando sus pacíficos hogares, sus bienes, sus imágenes y la patria, que les cerraba sus puertas como si fuesen apesados ó malditos de Dios.

¿Hay quien quiera aceptar la gloria de este horrible suceso?

La libertad no se funda sobre charcos de sangre ni se sostiene con las armas en la mano. ¡Libertad que dura mientras la espada del ciudadano está desnuda, es una triste libertad!... ¡Desgraciado el pueblo que no tiene virtudes y valor para defenderla con la razón y las buenas costumbres!... Los que temen y sufren tranquilos la tiranía, es porque son de la raza de los tiranos... Las naciones libres no tienen nunca en peligro su libertad. Si eran necesarias reformas, las leyes debieron hacerlas... y fué bárbaro haber permitido el desbordamiento...

La sangre derramada por la venganza, que nunca es generosa, no se seca jamás. Lo que es justo y bueno puede hacerse siempre: y lo que enluta las páginas de la historia no es digno de los grandes pueblos, aunque traiga consigo cosecha infinita de bienes.

La tormenta pasó, conmoviendo en su estrago los cimientos del edificio social.

Porque lo dispuso Dios, es impenetrable: las víctimas fueron víctimas; la patria lloró con amargas lágrimas su desgracia, y el tiempo ha derramado las ondas del olvido sobre este lúgubre suceso; pero la historia no podrá arrancar de su libro esta hoja de sangre, ni aquellos mártires, la corona del martirio de sus desgraciadas cabezas.

II.

Ya el fuego se habia casi apagado: los conventos estaban destruidos; rotos los altares, por tierra las imágenes, las vestiduras de los frailes hechas pedazos, los cálices y patenas desparramados por el suelo; todo salpicado de sangre; violadas las celdas, destruidos los locutorios, quemados los archivos y las bibliotecas; abiertas las tumbas y removidos los huesos de los que dormían el sueño eterno de la muerte.

Este era el espectáculo que ofrecía San Agustín dos días después de la revolución, ¿eran aquellos los pacíficos y en otro tiempo dichosos retiros de los frailes?

No ardía ya el aceite en las sagradas lámparas, ni la cera en los candelabros; el órgano estaba mudo, las campanas no llamaban á la comunidad, ni á la oración de la mañana, ni á la salve de la noche; silencio tenebroso, soledad mortal, y espantosa voz de dolor y de lágrimas llenaba el recinto de San Agustín destruido por el incendio.

Esta era la situación del convento, cuando un viajero llegó á su puerta de la calle de San Pablo.

—¿Puedo pasar y ver lo que dentro ha sucedido, buen hombre? le preguntó á un anciano de setenta años que meditabundo se sentaba en el umbral, apoyada la cabeza sobre la palma de la mano.

—Entre Vd., caballero; esta ruina nadie la guarda.

—Como os veía en la puerta, creí que érais de la casa.

—Soy de la casa, dijo el viejo, fijando tristemente los ojos en las paredes; á mí no me ha cabido la suerte de perecer como mis hermanos; pero aquí moriré llorando sobre su sangre.

—¿Porqué no os alejais de esta puerta?

—¿Qué haría abandonando el hogar desde donde nací me recogió la misericordia de los frailes? Aquí he repartido durante cincuenta años la limosna á los pobres de la ciudad: ¿quién querrá hacer daño á este viejo, que ha dado el pan á tantos infelices? ¡Ah! es imposible... y si hubiese alguno de entrañas tan feroces, ¡cúmplase la voluntad de Dios!

—Buen viejo, ¿quereis acompañarme á visitar el convento?

—No tengo inconveniente, respondió tristemente el anciano, que era un lego de la comunidad; y entraron

por el panteón, que era una sala como de treinta varas de largo, rodeada de cuatro cuerpos de sepulturas incrustadas en las paredes, y en cuyas lápidas estaban escritos los nombres de los frailes que habian vivido y muerto allí, desde la fundación del convento.

Todo estaba removido en aquel lugar; muchas losas sepulcrales, hechas pedazos á viva fuerza; algunas sepulturas entreabiertas, y fuera de sus cajas mortuorias multitud de osamentas.

Mal envuelto en sus hábitos negros, se veía colgar la calavera y el costillar amarillo de un esqueleto. A los lejos asomaba fuera de otra caja la pierna descarnada de un cadáver, en cuyo pié se agarraba todavía el resto del calzado prioral; y muchos huesos fuera de sus nichos, amontonados en un rincón, demostraban que la mano impía de los hombres habia estado allí en busca de objetos extraños al reino de la muerte, arrojando luego aquellos venerables restos, como manojos de espigas secas, sobre la tierra.

La tarde iba cayendo; la luz que entraba en el panteón por su gótica ventana era poca; y hacían el espectáculo cada vez mas lúgubre las sombras de la noche, que principiaban á cubrir la tierra.

El anciano miraba los sepulcros como poseído de un pensamiento desgarrador y profundo: de vez en cuando se escapaban de su pecho hondos suspiros: — ¡Bendito sea Dios! murmuraba á cada momento.

El viajero contemplaba aquel cuadro de profanación y de ruina sin pronunciar una sola palabra.

Salieron del panteón, y entraron en el patio, donde se levantaban dos grandes galerías de arcos de mármol negro, obra magnífica de arquitectura.

No transitaba por ellas un solo viviente; las celdas estaban abandonadas, sus muebles destrozados, reinando en todas partes el silencio y soledad horrorosa.

El viajero visitaba con profundo respeto aquella infeliz mansión, y llegaba ya á la sala de la biblioteca, cuando la noche habia casi desplegado sus oscuras alas. Entonces el anciano lego encendió algunos pedazos de velas de cera, colocadas aun en los faroles que debieron alumbrar el convento tres días antes, pero que no hicieron falta en la noche fatal de su quema y destrucción.

III.

A su luz el viajero principió á reconocer los estantes de la biblioteca. Libros de sagrada religión, de filosofía, de historia, de botánica, de química; libros en todas lenguas, manuscritos de todos géneros, estaban atesorados allí hacia muchos años. Tomos en sanscrito, en árabe, en hebreo, en chino, en latín, alemán, italiano, francés, ruso y griego; cartas geográficas, planos de puertos, canales y edificios; grabados divinos y preciosísimas láminas encerraba en gran cantidad aquella espaciosa biblioteca.

Iba el viajero á retirarse, cuando le dijo el anciano: — No ha visto Vd. lo de mas mérito; en este armario oculto detrás de la silla prioral, se guarda, dijo introduciéndose por una puertecilla que estaba debajo del cuadro de la Virgen. — Este es el archivo de los priores.

Efectivamente, allí estaban en orden y perfectamente encuadrados, manuscritos de santa Teresa, de fray Luis de León, del P. Granada, de san Juan de la Cruz, de todos los reyes de España, de Cervantes, de Quevedo, de Lope de Vega, de Calvino, de Lutero, del P. Velando; y en un estante cerrado y resguardado por una reja de alambre, una colección de tomos iguales, cuyo rótulo era: *Anales del convento*, y otra cuyo título decía: *Vida de los hermanos del convento de San Agustín*.

Llamó tanto la atención del viajero este rótulo, que pidió permiso al anciano para examinar uno de los volúmenes; pero eran ya las doce de la noche, y ni el estado de fatiga del lego, á quien rendía el sueño, ni lo avanzado de la hora, le permitían continuar la visita; y teniendo en la mano el tomo XXVIII de la *Vida de los hermanos del convento*, dijo al buen viejo:

— Hermano, ¿me permite que lleve este libro para ojearle en mi casa? Le dejaré á Vd. las señas de ella, y mañana volveré á colocarle en este estante.

El lego meditó algunos momentos, fijó los ojos en el desconocido, como queriendo adivinar el pensamiento que le movía á llevarse el libro, y le dijo con lastimosa indiferencia:

— Así como así, muy pronto serán todos arrojados al fuego: lléveselo Vd. y devuélvalo lo mas pronto posible.

El viajero se colocó debajo del brazo el tomo en folio, y cruzando el claustro, las arquerías de mármol negro y el tenebroso panteón, salió por la puerta de la calle de San Pablo, aguardando la mañana para leer el voluminoso manuscrito.

IV.

Este era el principio del infolio, escrito en letra bastarda y redonda:

«Tomo XXVIII de la Vida de los hermanos del convento de San Agustín, escrito bajo la censura del reverendo P. Prior por el hermano Guardian, según datos fidedignos y noticias autógrafas de los interesados, que existen en el archivo secreto de la orden.»

Barcelona 1.º de diciembre de 1768. »

La segunda hoja contenía el índice de las materias siguientes:

Vida y muerte del hermano Lorenzo.
Vida del P. Ríos.
Vida y hechos del muy humilde fray Tomás Rubia, misionero en las Indias.

Vida del P. Eduardo, misionero en la China.
Vida del caritativo padre Práxedes.
Vida del prior Manuel.
Vida de fray Pedro Asencia.
Vida del P. Alarcón.
Vida del P. Gallangos, bibliotecario de la orden, muerto violentamente en las misiones del Congo.

VIDA Y MUERTE DEL HERMANO LORENZO.

El día 17 de octubre del año 1677, al cerrarse el convento, llegó á la portería un hombre envuelto en una capa de color oscuro y cubierta la cabeza con un ancho sombrero. Apenas apoyó sus manos en el banco de piedra cayó en tierra como muerto. El hermano lego fray Bernardo y el padre lector lo levantaron del suelo.

El hombre estaba pálido como la muerte y frío como el hielo; tenía los ojos inmóviles y apenas se apercebía su respiración. Se dió parte del suceso al prior, quien mandó se le llevase inmediatamente á la enfermería y se llamase al médico.

Subieronle á la sala de los convalecientes, se le colocó en una de las camas, y al desliarle de su capa se encontró la ropa manchada de sangre, se le desnudó y tenía una herida debajo del corazón.

Así que los hermanos enfermeros se hicieron cargo de su estado, dieron parte al padre prior, quien bajó á la enfermería, y juzgándole gravemente herido y en peligro de muerte, comenzó por hacer los preparativos para administrarle la extrema-unción, habiendo hecho lo posible para que el moribundo se hiciera cargo de las preguntas que se le dirigían y diera alguna razón del estado en que se hallaba.

Pero era de tal gravedad su herida y tan grande su pérdida de sangre, que aunque atajada ya, merced á una fuerte compresa impregnada en un astringente, el hombre no daba señales de volver en sí. El médico llegó y la reconoció; tenía seis pulgadas y media de profundidad por debajo del corazón.

— Es mortal y solo Dios puede salvarle, dijo al prior; y unió los bordes con un emplastro glutinoso, le colocó un ancho apósito impregnado en bálsamo, le vendó perfectamente y se despidió para volver de allí á una hora, recomendando que no se le hiciera pregunta alguna, ni se le moviera de la postura horizontal inclinada sobre el lado derecho, en que le dejaba.

El reverendo padre prior mandó á los hermanos enfermeros que colocaran la lámpara en la mesa, y que se estuvieran á la puerta á impedir que nadie entrara á causar el menor ruido; y con la mas fervorosa caridad se sentó al lado de la cama, los ojos fijos en la cabeza del herido.

El hombre seguía como muerto. A la hora de practicada la primera curación, y cinco minutos antes de llegar el médico, pronunció con voz muy débil: «Mañana, mañana... ¡Dios mio!» y volvió á sumergirse en letárgico sueño.

El médico pulsó al enfermo, á quien devoraba la fiebre: mucha sangre habia perdido, y sin embargo era necesario sacarle mas sangre, y una copiosa emisión acabó de postrarle.

— El peligro es inminente, dijo el médico; es necesario sacramentar á este hombre.

La comunidad entró en la enfermería, y á las dos de la noche el padre prior le administró el Viático.

¿Qué melancólica fué la ceremonia!... Muchos hermanos habian muerto en el convento, y se les habia administrado el Santísimo Sacramento; pero nunca fué el acto tan grave y tan solemne como en esta ocasión.

El herido era un hombre de cuarenta años, de regular estatura, fuerte de constitución, cabeza y barba como la de Garcilaso de la Vega; sus ojos pardos se fijaban moribundos y sin brillo; en su boca divagaba una sonrisa de dolorosa resignación; su frente era ancha, y dos grandes arrugas que bajaban á los bigotes, caracterizaban su fisonomía, marcando su aguileña nariz; las cejas formaban entrecejo de hombre resuelto sobre su frente, donde se pintaba en la hora de la muerte el sufrimiento moral que acompañaba á aquel hombre hasta el sepulcro.

Al abrirle la camisa para administrarle el santo oleo, el prior levantó una cadena de oro colocada en su cuello, y de la que pendía una cruz armenia, tambien de oro macizo, en cuya superficie estaba cincelada la Crucifixión del Señor, y en el reverso la Santa Virgen, teniendo en sus brazos al Niño Jesus.

Grande era la palidez del herido; en la luz de sus ojos ya no habia vida; en la respiración no habia aliento; el pulso apenas era perceptible; el corazón no latía; la cabeza helada; frias las manos; dos grandes ojeras cárdenas rodeaban los apagados ojos, y en sus manos y en el pecho habia manchas de sangre.

La comunidad, después de la ceremonia, le encomendó á la Madre de Dios, y se retiró de la sala de la enfermería. El prior volvió á sentarse á su cabecera.

Dieron las cuatro de la mañana y el médico lo reconoció de nuevo; el peligro era mayor; la fiebre no remitía; los latidos del corazón eran mas perceptibles, aunque comenzaba á sentirse la respiración.

El padre prior le puso la mano sobre la frente. — Dios te salve, hijo mio, le dijo con santa ternura.

El herido abrió los ojos fijándolos en su paternidad, que le bendijo levantando sus manos al cielo y haciendo oración?

El herido, sin fuerzas para demostrar su asombro, parecía querer preguntar: ¿cómo estaba allí y qué era lo que sucedía?

El prior, poniéndose el dedo en los labios, le hizo seña para que no hablara ni hiciera movimiento alguno. El enfermo miró algunos segundos al prior y cerró de nuevo los ojos.

Tres horas permaneció como muerto; de vez en cuando de sus labios salía un ¡ay! lastimoso: el sufrimiento de aquel hombre era muy grande.

El médico volvió á las ocho de la mañana, reconoció de nuevo la herida y le aplicó el segundo apósito.

El enfermo había escapado de las garras de la muerte; pero dominado por la debilidad y por la fiebre, estaba en continuo delirio. ¡Pobres hijos míos! el deshonor no acabará nunca... ¡Hiere, sí; hiere, necesito morir!... ¡la vida me pesa!... la mancha se lava con sangre... y mi mano no sabe derramar la de mi asesino. ¡Pobre María!... me amabas con toda tu alma, ¡ángel mio! ¡qué dolor tan cruel vas á tener!... la herida me duele... ¡ay! la cabeza se me parte... no podré decirte el último adiós de mi vida... en el sepulcro no podré verme... ¡ah! la cruz de mi corazón está bañada en sangre...

El enfermo cayó de nuevo en profundo letargo. El médico seguía con los ojos los movimientos de su fisonomía, y con la mano en el pulso contaba sus vibraciones como los latidos del corazón. El prior, con los oídos del alma, seguía las palabras de aquel infeliz, á quien una tremenda desgracia pesaba sobre su existencia, y para quien el cielo había abierto las puertas de aquel monasterio.

V.

En el convento todo se volvía hacer inferencias: los padres hablaban entre sí de la llegada del extranjero; los novicios se perdían en novelescas conjeturas; el guardián preguntaba al prior, y este, que había permanecido hasta pocas horas al lado del enfermo, estaba meditando y silencioso, sin darse cuenta de aquel suceso, ni de la calidad del herido, ni de su situación y familia.

Habían pasado tres días; en ellos desaparecieron los síntomas graves y el enfermo había recobrado sus facultades, y pudo tomar un ligero alimento. — Hermano, dijo al lego que le servía, ruegue Vd. á su paternidad que tenga la caridad de llegarse aquí. A los cinco minutos volvía el lego acompañado del padre prior.

— ¿Qué me quiere, hermano? le dijo el venerable anciano tendiéndole compasivamente la mano.

— Padre, yo no sé cómo demostrar á vuestra paternidad mi profundo agradecimiento por lo que está haciendo por mí: hace tres días que llegué moribundo á la puerta de este convento; si las fuerzas me hubieran abandonado dos minutos antes, hubiera caído al pié de sus paredes exteriores, y entre la nieve y el frío de la noche allí hubiera perecido sin remedio. Dios me dió aliento para entrar en la portería, y cuando caí exánime me levantó la caridad de los hermanos de San Agustín. Su paternidad ha estado continuamente á mi cabecera, como mi ángel tutelar; gracias á sus cuidados y al de estos buenos enfermeros, he salvado la vida; ahora necesito hablar sin testigos á vuestra reverencia.

Las puertas se cerraron á la salida del lego, y el herido con el padre prior quedaron en completa soledad. El enfermo se incorporó en el lecho.

— Padre prior, le dijo, oiga vuestra paternidad la historia de este infeliz que habrá escapado de las garras de la muerte, pero que tal vez no se podrá librar de las de la desgracia: padre prior, valdría más arrancarme los apósitos y dejarme morir, que conservarme la vida para entregarme á la guerra que me espera... Tengo aquí penas horribles, dijo rompiendo en amargo llanto y llevándose la mano al corazón.

— Consuélese, hermano, le dijo el venerable prior; tenga confianza en Dios; llámelo en su amparo; purifique su alma, y no tema. Dios ayuda á los afligidos y no permite que se pierda la criatura arrepentida que busca en él su consuelo... Tenga fe y amor en Dios, y sus penas, por grandes que sean, tendrán remedio.

— Padre prior, mis penas son extraordinarias; no se parecen á las de ningún hombre, la menor es la muerte de que me he salvado; mis dolores, mi sufrimiento, la lucha con mis pasiones, con la sociedad y con mis necesidades es tan grande y tan desesperada, que no tengo naturaleza ya ni aliento para continuarla. Estoy rendido, tengo miedo, y solo veo como único remedio la muerte. La vida para mí es una agonía lenta y dolorosa que no se acaba nunca.

Cuando me levante de esta cama, el horizonte que va á rodearme por todos lados será de amargura, de deshonor, de lágrimas y de sangre. La venganza va á remover la hiel de mis entrañas, y su mano cruel va á apretar sin descanso mi corazón. ¡Padre, mi felicidad sería morir!

— Hermano, tenga fe y esperanza en Dios; él todo lo dispone y todo lo permite para bien de las criaturas; espere de su misericordia infinita: ¿no salva de enmedio de las encrespadas olas á los naufragos, cuando en la tempestad sus ojos espantados nada ven, y ciegos de miedo creen tocar el límite de la vida? ¿No ha librado á Vd. mismo de ese golpe fiero dirigido al corazón, que debía haber acabado con su existencia? Por algo pues ha querido el Señor volverle la salud: nada sucede en la tierra sin motivo: tenga fe y valor, que Dios que ha salvado el cuerpo, dará amparo y tranquilidad al alma.

— Padre, tengo fe y esperanza en Dios, en él he puesto mi consuelo; cuando recibí esta herida que estremece de dolor mi alma, levanté mis ojos al cielo diciendo: «Dios mio, perdona mis culpas.»

Padre prior, escuche vuestra paternidad mi desgracia.

Aunque á mi lecho de dolor no se han acercado mas que los hermanos del convento, no estoy solo en el mundo... tengo hijos, hermanos y amigos... tengo una esposa, cuyo nombre me llena de amargura, y que no sé en estos momentos cuál será su suerte.

Hace tres años que la quería con todo mi corazón, la había dedicado todos los momentos de mi existencia, todas las ternuras de mi alma; y sin embargo, mojaba cada día con lágrimas el pan que alimentaba á mis hijos; pero debía sacrificarme á su suerte y sufrir con paciencia todas las contrariedades de un carácter ligero, débil y sin gratitud de ningún género. Había nacido en altísima cuna, y yo había conquistado mi nombre á fuerza de estudio y de corazón. Ella me dió su mano de esposa porque no sabía lo que era el matrimonio; no podía ser amante, porque el egoísmo no dejaba lugar en su entendimiento á las pasiones grandes; porque no tenía conciencia de lo que iba á ser, y porque en la soledad de su niñez y con la debilidad de su carácter, lo mismo se hubiese casado conmigo que con otra cualquiera naturaleza miserable y estúpida.

Por nada entró la nobleza y la dignidad del alma para hacerme el honor de elevarme hasta su cuna, por nada el amor y la pasión sublime; sin entusiasmo y sin ideas, como quien sigue un juego que de un momento á otro puede acabarse, la mujer que me deparó la suerte, me dió su mano de esposa.

Yo con la mía le di todo el amor de mi alma, toda la fe de amante y la lealtad santa y profunda del corazón; ella con la suya me dió dolores crueles á las pocas horas, la falta de carácter mas decidida, todas las preocupaciones y los delirios de la vanidad y del egoísmo, y sobre todo un desamor tan sin fisonomía, que aunque mi inteligencia y sagacidad lo podía enfrenar, en la lucha pude defender la forma del honor exterior, pero no la felicidad íntima, no la alegría del alma, no los consuelos de la unión conyugal: para mí Dios quiso hacer estériles esos placeres.

Luchando con mi inmensa desgracia, á la fatalidad de mi situación se unió el destierro, el odio, la emulación, la envidia de muchos, la guerra de mis enemigos, y no tuve solo que llorar mi suerte, sino que defenderme sin descanso de las calumnias de toda clase, de los tiros emponzoñados y de la guerra mas cruel que ha sufrido mortal ninguno sobre la tierra.

Así tuve dos hijos de aquella mujer, sin cariño de esposa, sin amor de madre, sin sentimientos de hija, ni de hermana, sin amor de patria y sin nada en el alma.

Pero era necesario ahogar mis dolores, era necesario que el mundo no los comprendiera; la dignidad y la fortaleza de mi carácter me lo imponía; yo me creía bastante superior para luchar con la misma naturaleza, creyendo siempre que mi energía podría superar los inconvenientes presentes y futuros. Era necesario llegar, y en mi loca vanidad me propuse pasar el mar tempestuoso de las ambiciones humanas en una débil barquilla, hecha pedazos, sin velas ni timón, sin mas medio que el débil remo, que con un brazo de hierro la guiaba temeraria y valerosamente. Es verdad que me acompañaban la fe, la esperanza y la confianza en Dios, á quien invocaba á cada hora del día, y por esto navegaba en medio de tantas amarguras.

¡Ay! me acostaba á llorar la alegría que tuve al nacer mis pobres hijos; abría los ojos oyendo la maldiciente y amarga voz de aquella esposa, á quien yo velaba el sueño á pesar de tantas crueldades, y á quien, en medio de las penas en que me hacía vivir, consagraba mi existencia y le hubiera dado hasta la última gota de mi sangre.

Mis hijos me veían sonreír taciturno; á mis amigos los admiraba la tristeza continua de mi frente; mis criados notaban mi silencio; todos hablaban de la excentricidad de mi carácter; el mundo me acusaba de desamor y de frialdad, y yo sonreía oyendo con la constancia de la paciencia los juicios de todos, y despedazado de dolor llevaba mi barca por entre los mares turbulentos y escollos continuos, sin naufragar nunca, haciendo creer á los que me observaban de la orilla que navegaba en una nave poderosa, con la que no podían las tempestades.

Pero mi suerte se cansó de tener paciencia, y los años principiaron á robustecer la temeridad y la malicia del genio del mal; y cuando yo me afanaba para llevar las prendas de mi corazón al puerto de todas las felicidades humanas; cuando acababa, por decirlo así, el viaje de tantos años de lágrimas y de fatigas, entonces la mujer que Dios me dió por compañera, dijo: «Es necesario que la mano de este hombre no me guarde mas como un tesoro: necesito respirar el aire libre de la concupiscencia, y que mi naturaleza goce sin freno: que á mi egoísmo todo se subordine... ¿qué me importan mis hijos, ni la sociedad, ni mi honor, ni mi familia?... y la esposa se echó en los brazos de un miserable, y sobre el tálamo conyugal cayó una mancha negra como la tinta.

VI.

Yo estaba lejos; cuando me lo presagió el alma, volé á su lado como el rayo; encontré la adúltera cubierta de oprobio, como la mujer apestada, revolcándose en el lecho sucio del delito, y con la cara cubierta de la palidez del deshonor y de la infamia.

— ¡Dios mio! le dije inundado en lágrimas, ¿es posible que así hayas olvidado á tu pobre esposo y á tus infelices hijos!

— Sí, me respondió soñolienta como la fiera harta de sangre; no los quiero, deseo quedarme sola, porque me

va así muy [bien, estoy cansada del matrimonio, deseo gozar como las demás mujeres; tuya sola no he de ser hasta la última hora de la vida.

Su voz hirió mi corazón como un rayo; aun sentía en sus labios el calor de los besos de su amante: la miré, esperando que la conciencia gritara en aquella alma, á quien jamás había envenenado la corrupción; ¡vana esperanza!

— Déjame dormir, me dijo volviéndose al otro lado del lecho.

Me ahogaba el dolor; de mis ojos brotaban fuentes de lágrimas; había oído mi juicio final.

Salí de su cuarto como si tuviera mi frente salpicada de sangre; y me senté en el umbral de mi casa como un mendigo, aguardando á mis hijos.

Era pobre, le había dado mis riquezas, y las rentas que entonces sostenían nuestra opulencia, eran suyas.

Cerradas las puertas de su corazón, no se necesitaba estuvieran abiertas para mí las de sus arcas.

En los salones de mi propia casa me creí extranjero.

Estaba sentado en el umbral de la puerta cuando llegaron mis hijos.

— Padre, ¿porqué estás aquí como un mendigo con los ojos arrasados en lágrimas? me dijeron aquellos infelices.

— Porque nos hemos quedado huérfanos... les contesté con el dolor lúgubre de la deshonra.

Cogí de las manos las inocentes criaturas y salí de la ciudad, y después de la patria, y resignado me fuí á Inglaterra; muchos meses comí el pan en tierra extranjera; con mi trabajo ganaba para mantener á mis inocentes hijos.

¡Los pobres, de opulentos descendieron á vivir en la miseria; de día y de noche escribía para ganar con qué mantenerlos! ¡Pobres niños! Jamás cerraron los ojos sin pedir á Dios por el alma de su madre.

Yo oía muchas veces su oración desgarradas las entrañas de pesadumbre; ella nunca supo donde vivían: yo desde mi retiro seguí lleno de vergüenza y de dolor su historia... ¡qué historia tan vergonzosa!... Nadie sabe donde la han llevado luego sus desgracias; nadie, si la cubre ahora la losa del sepulcro...

— ¡Ah, mis hijos! la suerte de mis pobres hijos me volvió al suelo patrio. El día de mi llegada á Barcelona por la noche la mano de un desconocido me hirió mortalmente á la puerta de este convento: ¿quién es mi asesino?... no lo sé...

En este santo retiro he hallado un consuelo superior á mi esperanza. Padre prior, yo necesito la soledad del claustro, necesito la paz de este monasterio; luchando con las ansias de la muerte de la oración de los hermanos de San Agustín; cuando esas manos venerables ungieron con el óleo santo mis sienes, entonces ví disiparse la oscuridad de mi alma, y una luz celestial llenó mi espíritu de consuelo.

El que quiso asesinar me ha cerrado para mí las puertas del mundo y me ha abierto las de la vida eterna. Mucho tengo que padecer, mucho tengo que sufrir para hallar el camino, pero yo lo buscaré en la oración y en la penitencia. Padre prior, necesito el amparo de la orden de San Agustín; no me deje Vd. en el borde del precipicio...

El padre prior meditó algunos momentos. — Hermano, le dijo, los estatutos de la orden no permiten la entrada en ella como individuo de la congregación á ninguna persona mayor de cuarenta años; además Vd. tiene hijos y una esposa que no sabe si vive; tiene pintada en su semblante una historia terrible de luchas y de pasiones profundas... mañana el arrepentimiento puede apoderarse de su corazón y desear salir del convento, ó porque lo llame al mundo el porvenir de sus hijos ó la voz de su esposa arrepentida, á quien Dios puede tocar el corazón con su infinita misericordia... Hermano, los estatutos de la orden no permiten su entrada en la comunidad; su posición especial la hacen imposible.

Oyendo aquella respuesta, el enfermo dejó caer la cabeza sobre el pecho.

— Está visto, dijo con profundo desconsuelo, para mí no hay amparo en la tierra.

— Si lo hay, respondió el prior: si no puede ingresar en la orden, hay en el convento celdas donde se le dará hospitalidad y abrigo: aquí hará oración: aquí vivirá retirado del mundo, y nuestros consuelos y plegarias le abrirán el camino de la eternidad.

— Gracias, padre mio, dijo el herido besando las manos piadosas del prior, que se despidió del enfermo dándole su bendición.

(Se continuará.) JOSÉ GUELL Y RENTE.

De Tien-tsin á Pekin.

Pekin 25 de setiembre de 1860.

Habiendo fracasado las conferencias abiertas en Tien-tsin para el tratado de paz por la mala fe de los comisionarios chinos, que no pudieron presentar en el último instante los poderes de que se decían portadores, los embajadores de las potencias aliadas resolvieron que se marchara hacia Pekin, y que ya solo se trataría en Tong-tcheu, ciudad á cuatro leguas de la capital.

En efecto, el 9 de setiembre lord Elgin y el general Grant salen de Tien-tsin con una columna inglesa de unos 1,500 hombres, pues los ingleses debían marchar delante de los franceses para no obstruir el camino. Al otro día el baron Gros y el general de Montauban se ponen igualmente en marcha con una columna de 2,000 hombres y dos baterías de artillería, y el mismo día lle-



ENTRADA DE LAS TROPAS ALIADAS EN PEKIN POR LA PUERTA TCHAO-YANT, EL 22 DE OCTUBRE DE 1860.

Worms

garon á la aldea de Pu-keu, á 22 kilómetros de Tien-tsin.

El 12, la columna continua el camino seguida de toda la embajada francesa, y despues de haber andado 14 kilómetros se detiene al medio dia en la aldea de Yan-tsen, donde se hace noche; al otro dia despues de una marcha casi igual se llega á Han-tsai-tsen.

Aquí el baron Gros recibe un despacho de dos nuevos comisarios chinos; Tsai, príncipe de I, pariente del emperador, y Mu, presidente del consejo de la guerra, quedican como siempre: « que habiendo tratado mal los negocios los primeros comisarios, les han designado para reemplazarlos, y que ellos se hallan prontos á examinar las demandas y á acceder á ellas si son justas, pero que piden con instancia que el ejército no pase de Hosi-u, la próxima etapa. »

El 14 se sale de Han-tsai-tsen al despuntar el dia, y sellega á Ho-si-u,



PABELLON EN EL JARDIN DE YUAN-NINEG-YUAN, PALACIO DE VERANO DEL EMPERADOR.

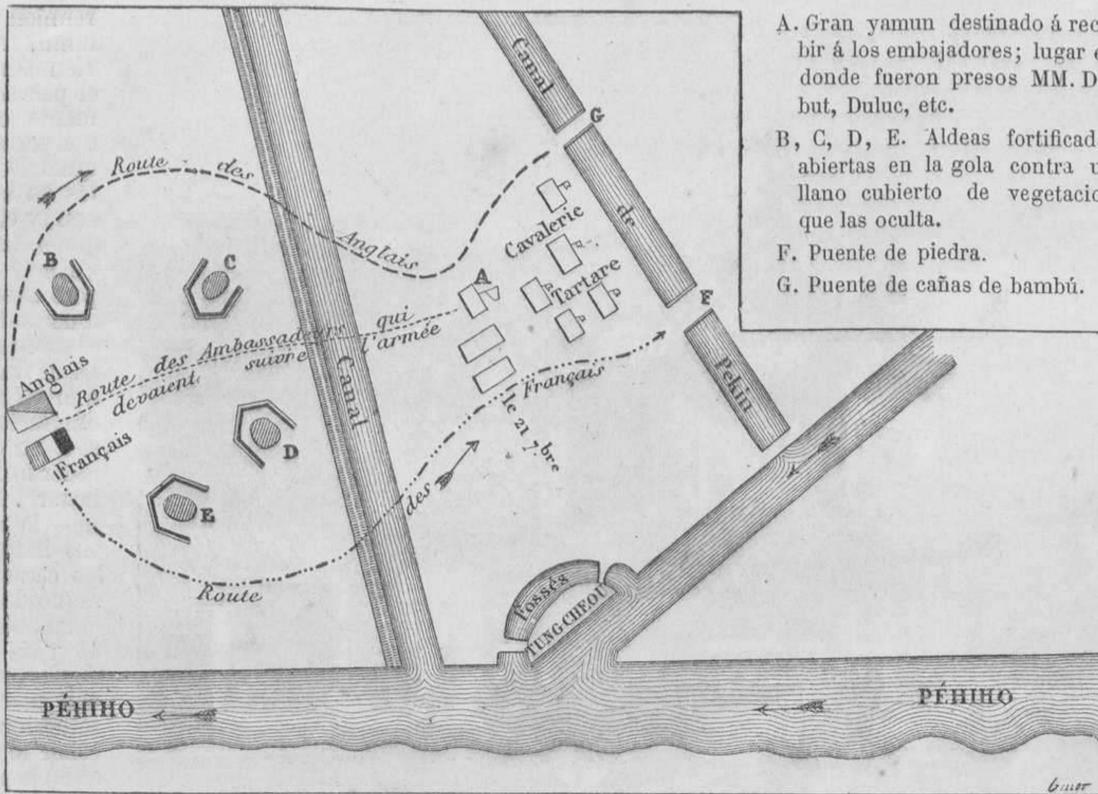
donde se opera la reunion con la columna inglesa. De Tien tsin á Ho-si-u, el pais admirablemente cultivado, nos pareció tranquilo: los habitantes no se asustaban, y el cuidado que se tenia de establecer los campamentos en las afueras de las poblaciones, acababa de tranquilizar á los chinos. Por desgracia, en Hosi-u no debia suceder lo mismo; al llegar encontramos la aldea sin sus habitantes, y las casas en parte saqueadas.

Pasamos allí el 15 y el 16. — Todas las noches acuden cuadrillas de saltadores para robar lo que queda en la poblacion, y los ingleses, encargados de su guarda, tienen que estar siempre alerta: sin embargo, no consiguen ahuyentar del todo á los ladrones, y mas de una vez tienen que hacerles fuego.

Los embajadores entran en nuevas conferencias con los comisarios chinos. Se conviene en que los ejércitos aliados se deten-



OCUPACION DEL PALACIO DE YUAN-NINEG-YUAN POR LAS TROPAS FRANCESAS.



PLANO DE LA BATALLA DE PALI-KIAO.

drán á media legua de Chang-kia-uang, poblacion que dista cinco cuartos de legua de Tong-tcheu: que los embajadores irán á ese punto con una escolta de 1,000 hombres para concluir el tratado, y que luego pasarán á Pekin para ratificarle.

En consecuencia de estos arreglos, el 17 por la mañana los generales en jefe salen de Ho-si-u cada uno con una columna de 1,500 hombres para ir á ocupar el campamento señalado á las fuerzas aliadas.

Al mismo tiempo M. de Bastard, primer secretario de la embajada, y M. de Meritens, primer intérprete, parten á caballo con M. Parkes, comisario inglés y algunos oficiales para ir á Tong-tcheu, á fin de entenderse por última vez con los comisarios imperiales.

Al otro día, 18, á eso de las diez de la mañana, con gran sorpresa oímos el cañon en la direccion seguida por nuestras tropas; hé aquí lo que habia pasado.

Cuando en virtud de los arreglos hechos con los mandarines comisarios del emperador, nuestros enviados pasaron á Tong-tcheu, distinguieron á cierta distancia del camino por la izquierda un campo tártaro que parecia ser considerable.

Llegados á la ciudad conferenciaron con el príncipe de I y el ministro de la guerra; y luego, habiendo pernoctado en el yamun del prefecto de la ciudad, volvieron á salir el 18 á las cinco de la mañana. Pero esta vez, desde Chang-kia-uang hasta media legua mas allá del campamento que venian á ocupar nuestras tropas, encontraron á todo el ejército tártaro formado en batalla. — Los soldados, en posicion á los dos lados del camino, les miraban pasar con bastante indiferencia, gracias á la sangre fria que les hizo poner sus caballos al paso, comprendiendo que en medio de aquellas hordas, el apresurarse seria huir, en cuyo caso la muerte era segura. El peligro era grande en efecto, pues una hora despues en el mismo sitio, los tártaros asesinaban á uno de nuestros oficiales de administracion y daban la señal de la batalla.

A todo esto, habiendo sabido las columnas francesas é inglesas que llegaban en orden de marcha, que un ejército tártaro estaba delante de ellas, se formaban en batalla y cargaban las armas; luego al llegar á tiro de cañon del enemigo hacian alto. Los generales en jefe muy sorprendidos al encontrar el terreno designado para sus campamentos ocupado por un ejército tártaro, quisieron esperar una explicacion, si es que podia darse.

En cuanto al comisario inglés M. Parkes, habia ido muy de mañana á reconocer el campamento señalado á los ingleses; mas viendo todo el ejército tártaro en batalla, y temiendo un choque inminente, volvió á toda prisa á Tong-tcheu para intimar á los comisarios imperiales que hiciesen retirar el ejército tártaro, haciéndoles responsables en otro caso de lo que iba á pasar, acto verdaderamente digno de un hombre enérgico.

Habria trascurrido una hora desde que nuestras columnas habian hecho alto, cuando un oficial francés que volvia de Tong-tcheu fué atacado por los soldados tártaros, al mismo tiempo que un coronel inglés. — El primero quedó en su poder, pero el segundo logró escapar sano y salvo á pesar de los disparos que le hicieron.

Los generales aliados que habian oido el cañon, no vacilan en un punto; las tropas marchan al enemigo y le atacan en una posicion formidable, donde su ejército está cubierto por mas de cien piezas de artilleria. — En tanto que la caballeria inglesa rechaza sobre la izquierda á la caballeria tártara, la infanteria y la artilleria francesas sobre la derecha flanquean al enemigo y toman sucesivamente todas sus baterias, que constan de 78 cañones. — El ejército tártaro que tenia unos 20,000 hombres huyen en desorden hácia Tong-tcheu. — Sus pérdidas son considerables y las nuestras muy cortas; solo tenemos que deplorar la muerte del oficial M. de Damas.

A. Gran yamun destinado á recibir á los embajadores; lugar en donde fueron presos MM. Dubut, Duluc, etc.

B, C, D, E. Aldeas fortificadas abiertas en la gola contra un llano cubierto de vegetacion que las oculta.

F. Puente de piedra.

G. Puente de cañas de bambú.

Por desgracia un triunfo fácil, un triunfo de traicion se ofrecia á nuestros enemigos. Habiendo sido enviados la víspera á Tong-tcheu algunos oficiales franceses é ingleses por las promesas pacíficas de los comisarios imperiales, para preparar allí alojamientos y provisiones, fueron cogidos por el camino ó en la ciudad, y dirigidos como prisioneros de guerra á Pekin.

Despues de la batalla, el general de Montauban da aviso de ello al baron Gros, quien parte el 19 por la mañana con las tropas que habian quedado en Ho-si-u, y al cabo de una marcha de doce horas se reúne por la noche con las fuerzas aliadas acampadas en el lugar del combate.

El 20 se reconoce el terreno y que hay un campo muy vasto mas allá de Tong-tcheu. El 21 el ejército se pone en movimiento, flanquea Tong-tcheu por la izquierda, y despues de dos ó tres horas de marcha, encuentra de nuevo al ejército tártaro, muy numeroso y establecido en sus campamentos.

La accion se empeñó inmediatamente, y el enemigo á pesar de algunas vigorosas cargas de caballeria, fué arrojado de todas sus posiciones en completa derrota. Muchas piezas de artilleria, algunas muy curiosas y antiguas quedan en nuestro poder. Nuestras pérdidas son casi nulas, y las del enemigo enormes, pues todo el pais en una legua de extension está cubierto de cadáveres. Para el que extrañe esta desproporcion, diremos que la infanteria tártara no tiene mas arma que el fusil de mechas que apenas alcanza á 100 metros, y la caballeria unas flechas que no alcanzan á 60 metros. Así en cuanto nos pusimos con nuestras certeras carabinas á 400 metros, ya sus pérdidas fueron bastante grandes para que tuvieran que huir antes de haber tocado á uno solo de nuestros soldados.

El embajador que habia salido del campo de batalla del 18 despues de las tropas, se habia detenido á eso de las diez en Ta-tsin-tchang; á las tres y media un ordenanza del general le anunció una nueva victoria; y poniéndose al punto en camino llegó á una pagoda cerca del cuartel general y enfrente del puente de Pa-li-kiao, último centro de la resistencia enemiga.

Al otro día llega un despacho del príncipe Kong, hermano del emperador, diciendo que habiendo conducido mal los negocios los últimos comisarios, su soberano le ha designado para reemplazarlos, y que desca concluir la paz.

Los embajadores responden que no escucharán ninguna proposicion de paz hasta que no se hayan entregado los prisioneros hechos á traicion el 18.

El almirante Charner llega á Tong-tcheu despues de haber vencido todas las dificultades de navegacion del Pei-ho con un convoy de cien embarcaciones chinas para abastecer al ejército.

Dos dias despues el ejército expedicionario entraba triunfante en Pekin.

B. J.

Revista de Paris.

Paris está entregado á las solemnes é indispensables ocupaciones que trae consigo el Año nuevo. Ocho dias antes y ocho dias despues, la capital de la Francia representa una mar agitada en todos sentidos; todo se mueve en ella; el flujo y el reflujo no dejan un instante de descanso; aquí y acullá, á derecha é izquierda, las oleadas se extienden, se encuentran y se chocan. ¿Adónde va esa muchedumbre tumultuosa? ¿Qué busca, qué quiere? ¿Corre en pos de un placer inmenso, de una felicidad inaudita? Nada de eso: no hay mas que consultar á todos los que recorren afanados las calles y plazas; no hay mas que preguntarles el motivo de esa animacion extraordinaria, y todos responderán lo mismo uno por uno:

— ¡Qué día! ¡maldita costumbre de las «étrennes»!

Y sin embargo, no por eso dejarán de correr hasta perder el aliento, unos cruzando á toda prisa el empedrado, otros disputándose los omnibus y los coches, otros en fin instalados en sus lujosos carruajes, y todos cargados de papeles de dulces, de juguetes, de artículos de industria y arte, de mil y mil cosas, pues el día de Año nuevo se regalan en Paris, segun las personas y los recursos, desde la frusleria mas insignificante hasta el objeto de mas precio.

Fuera de este gran acontecimiento de las «étrennes,» que ha tenido absorbidos á los parisienses durante la primera semana de este nuevo año, pocas son las actualidades de que podremos hacernos cargo en esta revista. Hemos dicho en el número anterior que M. Scribe se retiraba del teatro, y hoy tenemos que añadir que lo hace con una nueva ópera cómica que se ha puesto en escena en los últimos dias de diciembre. Titulase *Barkouf*, y el autor de la música es M. Offenbach. Apresurémonos á decir que la nueva produccion de M. Scribe no es digna de quien ha escrito el *Dominó negro*, *Fra Diavolo* y tantos otros librettos, de los cuales algunos han sido traducidos á nuestro idioma, y con justicia están reputados como comedias de primer orden.

Señalaremos en breves palabras su argumento.

La escena pasa en la India.

Los indómitos habitantes de Lahora se amotinan contra el gobernador, y pasando de las palabras á los hechos, penetran en su palacio y le arrojan por las ventanas, prometiendo que siempre harán lo mismo cuando se empeñen en dominarlos con gobernadores de tan mal género.

Pero hé aquí que lo sabe el gran Mogol; y despues de haber castigado á los culpables como se merecen, pone al frente del gobierno á su perro Barkouf.

¡Pobres ciudadanos de Lahora! Su nuevo jefe es el peor de todos los perros rabiosos que se pueden encontrar en el mundo; todo el que se acerca á él está seguro de salir tan bien librado como un viajero sorprendido por los lobos en medio de un bosque.

Felizmente una niña llamada Maima reconoce en Barkouf á un perrillo que ella queria mucho en otro tiempo y que la habian robado.

Barkouf no se ha olvidado tampoco de su bonita ama que desde aquel día llega á ser la que en realidad manda en Lahora.

El gobierno se suaviza pues; Barkouf se populariza, todos sus súbditos le adoran, y sin duda disfrutaria en paz de su alta y envidiada posicion, si el gran visir no hubiera querido interponerse turbando así tamañas felicidades.

Mas este personaje quiere casar á su hija con Saeb, que es el prometido de Maima, y aquí principian los tropiezos; Barkouf se niega á firmar el contrato, y lo da á entender ladrando de un modo significativo.

El gran visir no se anda con chiquitas; arroja al gobernador unos cuantos salchichones envenenados, que habrian dado fin á la existencia del héroe de la pieza á no ser por la vigilante Maima que le preserva de semejante peligro.

Viendo el conspirador que han fracasado sus tentativas de envenenamiento, se pone de acuerdo con los tártaros, y les promete el saqueo de Lahora.

De aquí otro desengaño para el traidor: los soldados de Barkouf estimulados por su jefe, corren al enemigo y le derrotan en batalla campal.

La victoria es inmensa, y los laureles todos son para Saeb, que se ha conducido con una valentia extraordinaria; pero ¡ay! tenemos que deplorar la pérdida de Barkouf que mata un tártaro, despues de haber recibido de él sendos mordiscos.

El gran Mogol, en pago de los heroicos servicios prestados por Saeb, le nombra gobernador de Lahora, y le da la competente licencia para que pueda casarse con su prometida, la heroína Maima.

Hé aquí el argumento. Opera bufa llama M. Scribe á su nueva produccion; y en efecto, es una pura bufonada que toca á la farsa burlesca y extravagante. Es sensible que M. Scribe se despidiera con *Barkouf* de la carrera en que ha obtenido tantos y tan gloriosos triunfos.

El compositor M. Offenbach ha sacado un gran partido del libretto: ha escrito un coro, un sexteto, un brindis, un aria perruna y otras varias piezas que el público celebra con entusiasmo.

La ejecucion regular no mas; la parte de Maima debió ser cantada por Mlle Saint-Urbain, que del Teatro Italiano ha pasado al de la Opera Cómica; pero una indisposicion pertinaz ha hecho que se confie su papel á Mme Marimon, artista de escaso mérito. Las decoraciones espléndidas, como de costumbre, y los trajes de una riqueza extraordinaria.

Nuestros lectores esperan quizá algunos detalles mas acerca del asesinato de M. Poinso, de que hablamos en la última revista; la justicia ha adelantado algo, y hoy se presume que el asesino es un tal Carlos Jud, desertor del ejército francés, condenado á veinte años de presidio, y que se escapó de la cárcel de Furete el 28 de noviembre.

Lo mas horrible es que este criminal habia cometido el 12 de setiembre anterior otro asesinato por el estilo, siendo víctima el doctor Keppi, médico ruso, que viajaba como M. Poinso en un ferro-carril. Un guarda vió huir al asesino, que fué preso poco despues, hallando en su posesion billetes del banco ruso, monedas rusas y aun algunos papeles del infeliz facultativo.

En la noche del 28 de noviembre, los carceleros oyeron ruido en el cuarto de Jud y penetraron en él; mas el preso que habia roto sus ligaduras, se arrojó sobre ellos y consiguió escaparse, despues de haber sostenido una terrible y prolongada lucha. Se cree que una vez en libertad su primera hazaña ha sido el asesinato de M. Poinso.

La impresion de este horrible acontecimiento no se ha borrado aun, y raro es el día que los diarios judiciales no traen algunas noticias sobre Carlos Jud. En la multitud de hechos que se citan, hay algunos que dan una idea espantosa de la audacia de este hombre.

Se cuenta que ha venido á Paris, y que luego ha ido á Troyes y tomó hospedaje en el «hotel du Baudet» bajo el mismo techo que uno de los magistrados del tribunal de Paris. Comió en la mesa redonda, y tomó parte en las observaciones que hacían los presentes sobre el crimen que se acababa de cometer. Por último, salió de la fonda llevándose la levita de un viajero y dejando en la casa la suya, manchada aun con la sangre de M. Poinot. El fondista ha declarado que en efecto Carlos Jud había pasado algunos días en su casa, sin ausentarse mas que uno solo en ese tiempo; pero que como volvió, su ausencia no despertó sospecha alguna.

Hé aquí una de las circunstancias que, según dicen, han puesto á la autoridad en el caso de poder seguir las huellas del asesino.

Dos días después de cometido el crimen, un viajero que bajó en la estación de Mezgrigni, entregó al empleado un billete con la indicación de Troyes á Mezgrigni, y á la reclamación del empleado, el viajero, sin volver á tomar su primer billete, presentó otro que decía de Paris á Mezgrigni. El recuento y confrontación de los billetes que hizo la empresa del ferro-carril reveló esta circunstancia, de la cual han deducido que el viajero era Carlos Jud.

Sin embargo, hasta el día no se ha descubierto su paradero. Ha llegado á Paris esta semana la noticia de un drama marítimo que ha tenido lugar en las aguas de Nápoles, y cuyos pormenores han sido dados por un periódico de Londres, el *Manchester Guardian*.

El yacht del marqués de D..., escriben al citado periódico, que se halla hoy en las aguas de Nápoles, ha sido teatro de una de esas tragedias que en estos tristes días de prosaísmo nos hallamos dispuestos á calificar de invenciones novelescas.

El marqués cruzaba estos días por esas aguas con algunos miembros de su familia, entre los cuales se cuenta una joven de extraordinaria belleza, miss Alice.

El yacht estaba mandado por un alférez de la marina real de reemplazo.

El marqués había ido á dar un paseo por la tierra firme, y al presentarse de repente en el yacht de vuelta de su excursión, halló al capitán á los pies de su hija besándola las manos.

Al pronto el padre, hombre de una fuerza hercúlea, indignado sobremanera, cogió al culpable y le arrojó al agua.

El capitán, á pesar de todos sus esfuerzos y de la intervención de los marinos, no pudo salvarse.

La noticia de este accidente circula por todas partes en Nápoles.

Es maravillosa la rapidez con que se transforma en Paris actualmente todo un barrio. Allí donde hace algunos meses se veían casas miserables, callejuelas sucias, negras encrucijadas, se alzan cuando menos se piensa, magníficas habitaciones, anchas calles tiradas á cordel, bulevares y plazas con jardines al estilo de los que se ven en Londres.

Se va á principiar la construcción del teatro de la Grande Opera, y entre tanto, hé aquí que se halla terminada ya la del teatro Lírico. Ha sido obra de pocos meses.

El edificio se encuentra sobre un terreno aislado en el eje de cuatro vías públicas, y ocupa una superficie total de 1,844 metros.

La entrada principal está sobre la plaza del Chatelet, y se compone de cinco arcos que comprenden á la derecha y á la izquierda los despachos de las localidades.

Por estos arcos se entra á un vestíbulo de 25 metros de largo sobre 6 de ancho. A cada lado y detrás de este vestíbulo hay dos escaleras, las de la platea, dos guardaropas y un salón de descanso.

A las localidades secundarias se va por dos escaleras, que están una enfrente sobre el muelle y otra sobre la avenida Victoria, y que tienen también dos vastos vestíbulos.

En estas escaleras se hallan los ventiladores.

Las oficinas de contaduría dan al muelle y á la avenida; por fin, en el centro de la avenida Victoria existen un vestíbulo y una escalera reservadas al servicio del palco de los emperadores.

El entresuelo de cada lado de la sala comprende las oficinas y la dirección, y sobre el muelle está el servicio de los accesorios. La entrada de la platea está en el centro por el lado de la plaza, y grandes corredores rodean el patio para el servicio de los palcos de platea.

En el primer piso está el salón de descanso que da á la plaza y tiene á sus extremos dos salones pequeños. Sobre el muelle hay cinco salones especiales para los coros, el baile, los artistas, etc.

En el segundo piso están á un lado la biblioteca de las partituras, y al otro una dependencia para la copia de la música.

En el tercer piso existe otro salón de descanso para los puestos secundarios que ocupa la misma superficie que el salón principal; salas de estudio para las señoras y para los coros; cuartos para los artistas, etc.; y en fin, el último piso está consagrado á los almacenes, talleres y salas de armas.

La sala tiene 20 metros de anchura sobre 20 metros de profundidad, y una altura total de 19 metros de la platea á la araña; contendrá 1,750 espectadores. Se compone de una platea con palcos, cuatro galerías y un anfiteatro. Los palcos del primero y segundo piso tienen cada uno un salón que da á los corredores, y en todas las galerías hay anchos pasillos.

Finalmente, el escenario tiene 25 metros de ancho y 15 de profundidad.

Nos hemos entretenido en detallar esta construcción, porque puede considerarse como un modelo de teatro pequeño y con todas sus dependencias naturales.

MARIANO URRABIETA.

Mi juventud.

Infancia, infancia, que mi pecho un tiempo
Alimentabas con tu fresca brisa,
¿Porqué no tornas mas? ¿porqué á mis ojos

Se oscureció de la esperanza un día?
¡Ah! semejante á las virgíneas nieblas
Que de los montes el azul cobijan
En la mañana cándida, tu velo
Fragrante de ámbar sobre mí tendías.
Y hora entre sombras á mi vaga mente
Tu sueño aéreo rápido se pinta;
Lánzome á él, y el ala de los tiempos
Mas, mas lo esconde á mi anhelante vista.
Y ciego, insano, con mortal angustia,
En balde me sacudo: de mi vida
El sol funéreo á su zenit ya llega,
Su ojo de sangre ya encendido brilla.
¿Lo veis? ¿lo veis? De lo alto de los cielos
Con ígneo nudo la garganta mia
Ciñe y abrasa, y con furor vibrando
Su lanza de oro sobre mí la hinca.

¡Oh! ¡basta ya! ¡no mas!... mi flaca mano
A las hinchadas fauces negrecidas
Llevo, y la aparto ardiendo; en vez de sangre
Fuego corre en mis venas, y pompillas
Brotan la lengua mil. ¿Dó está la copa,
La usada copa que, por la alta orilla
La leche derramando á borbotones,
Mis secos labios refrescar solia?
¿Dónde el mármoleo baño, de palmeras
Oscuras entoldado, al que yo iba
A hacer bullir de marmurante lluvia
Hasta mis piés las perfumadas linfas?
¿Dó el agrio caldo que el mantel de nieve
Manaba allí de la entreabierta piña?
¿No valerme podrán? ¡Ah! con mi infancia
Risa, cantares, juguetonas triscas,
Todo abismóse, no podrán valerme,
No aplacarán las furias que me agitan.

Nadie jamás ya lo podrá... Mi padre,
Mi padre solo mi dolor oiría...
El, solo él... como en mejores años
Cuando acallaba las angustias mías,
Y ciego y pobre y desvalido y triste,
Mi amargo llanto consolar sabia.
El... mi padre... también... ya para siempre
También huyó con mi niñez tranquila;
Y en su lugar desconocidos sueños
Mi ardiente edad, mi juventud enfrian.
Hoy.. solo yo lo sé... cual si durmiera
Del tigre en la caverna, todavía
Con sangre salpicada, yo en las horas
Calladas de la noche, con no vista
Congoja y repentino sobresalto,
Despiértome temblando: adoloridas
Mis cansadas espaldas erizarse
Sienten el lecho, con horror, de espinas:
Entre el silencio de las densas sombras,
De alguno que callado se aproxima
Oigo los sordos pasos; y apartando
De mi pecho las ropas que lo abrigan,
De una mano fatal que no conozco
Los frios huesos sobre mí se estiran.
Yo tiemblo y callo... El corazón me hielan
Sus dedos de esqueleto... mis megillas
Baña sudor mortal... todo encogido
No oso mover mis palpitantes fibras...

¡Y esta es mi juventud! ¡La edad es esta
Que yo cantando á recibir salía!
¡Estos los brazos son de tierna esposa!
¡Estos sus besos de placer y vida!
¡Buen Dios, Dios de piedad! ¿cuál fué mi crimen
Para que así con tu furor me oprimas?
¿Cuál, cuál ha sido? Y si tus santas leyes
Acaso hollé; si tu tremenda ira
Provoqué insano; ¿ya expiación bastante
No ofrece el curso de mis negros días?
¿Qué mas demandas? Triste, abandonado,
Llorando á solas sobre mi honda herida,
¿Harto no padecí, sin ver siquiera
Para enjugar mis lágrimas, la orilla
De un manto alzar, sin que una voz oyese
Que se doliera de la suerte mia?
Duélete tú... ¡Perdon! ¡de tí lo espero!
Perdon... Mas ¡ay! que de mi yerma vida
Inmóvil brilla en el confin profundo
Lívida mancha; el huracán ya silba
Con sordo zumbido; de rojiza arena
Rodar se ven dispersas nubecillas...
Ya van creciendo, ya... su ardiente soplo
Hiere y enturbia mi espantada vista.
¡Llegó mi hora! Ya bambaleando
Bajo mis piés, que al gran vaiven vacilan,
El desierto en furiosos remolinos
Todo entero revuélvese y agita...
¿Qué hacer!... Yo huyo... ¡Cielos! A mi espalda,
¿Qué miro alzarse?... Pálida, sombría,
Gigantesca fantasma, de su seno
Detrás de mí la eternidad vomita...

¡Ay! que sin ojos... Harto te conozco,
Padre, ¡tremenda sombra! Mis desdichas
Vienes á terminar... Sí, ya lo entiendo:
Yo de tu boca con la boca mia
Recogí el ¡ay! postrero; yo tus ojos
Moribundos cerré; yo tu ceniza
En la tumba escondí: la sacra deuda
Hoy á pagarme vienes... ¡Ay! ¿suspiras?
¿No me ves? ¿no me ves? — ¡Triste! ya es justo
Que en tus paternos brazos me recibas:
Abrelos, ¡ay! esa será mi tumba,
La tumba, sí, que al cielo yo pedía.

Después de veinte años.

I.

Salud, ¡oh sombra de mi viejo amigo!
Tras largos días de lejana ausencia,
Vuelve á buscarme aquel tu pobre hijo
Que amaste tanto y que te amó de veras.

Si; yo á buscarme vuelvo, padre mio:
A orar á Dios por tí sobre tu huesa,
Y á bendecirte porque me has cumplido
La postrera y mejor de tus promesas.

La noche tras la cual mas no te he visto,
Tarde... llorando... la ciudad desierta...
Ya á morir ibas... solo yo contigo,
De tu lecho lloraba á la testera:

Y meditaba entonces, aunque niño,
Que en dos iba á partirse mi existencia:
Detras, la luz, mi infancia y un amigo;
Delante, el mundo, solo y en tinieblas.

Y vuelto á tí de espaldas, distraído,
Pronto olvidé que alguno allí me oyera,
Y ronco sollocé con grandes gritos,
Y á mi inmensa aflicción di larga suelta.

Súbito al lado escucho un leve ruido,
A verte voy con una horrible idea:
¡YA! — Mas sentado y fúlgido te miro,
Con los ojos en mí, cual si me vieras;

Y dulce y triste y serio á un tiempo mismo:
«José, no llores mas. — Aunque yo muera,
Morir no es perecer. Tu padre he sido;
Imposible que siempre no lo sea.»

Y ví tus brazos hácia mí tendidos...
Y al punto obedecí la muda seña;
Y desabogué mi seno comprimido,
En tu seno escondida mi cabeza.

¡Ay! largo espacio así permanecemos:
Tus brazos me estrechaban ya sin fuerza...
¡Y me encontré con tu cadáver tibio,
Que al otro día me ocultó la tierra!

II.

De entonces acá, veinte años han corrido:
Nadie en el mundo ya de tí se acuerda...
Uno no mas, presente y siempre vivo
En su memoria y corazón te lleva.

Y empero, ¡en cuánto aturridor bullicio
Mi vida ha estado desde entonces envuelta!
— Fusil al hombro, y sable y daga al cinto,
De mi infancia he dejado las riberas:

Y negros bosques, y anchurosos rios,
Y verdes campos, y azuladas sierras,
He visto, y luego el mar inmenso he visto,
Y ví su soledad y su grandeza:

Y en lid campal, entre humo y polvo y ruido,
Y entre hombres y caballos y banderas,
Los valientes caer, de muerte heridos,
He visto á mi derecha y á mi izquierda.

Y luego á pueblos fui grandes y ricos,
Y ví sus monumentos y sus fiestas,
Bailé sus danzas y bebí sus vinos,
Y en el seno dormí de sus bellezas:

Y en calabozos fétidos y frios
He dormido también entre cadenas;
Y desnudo y hambriento y fugitivo,
He vagado también de selva en selva:

Y en medio de placeres y peligros,
De fatigas, de glorias, de miserias,
Tu voz, tu imagen siempre fué conmigo
En íntima y tenaz reminiscencia.

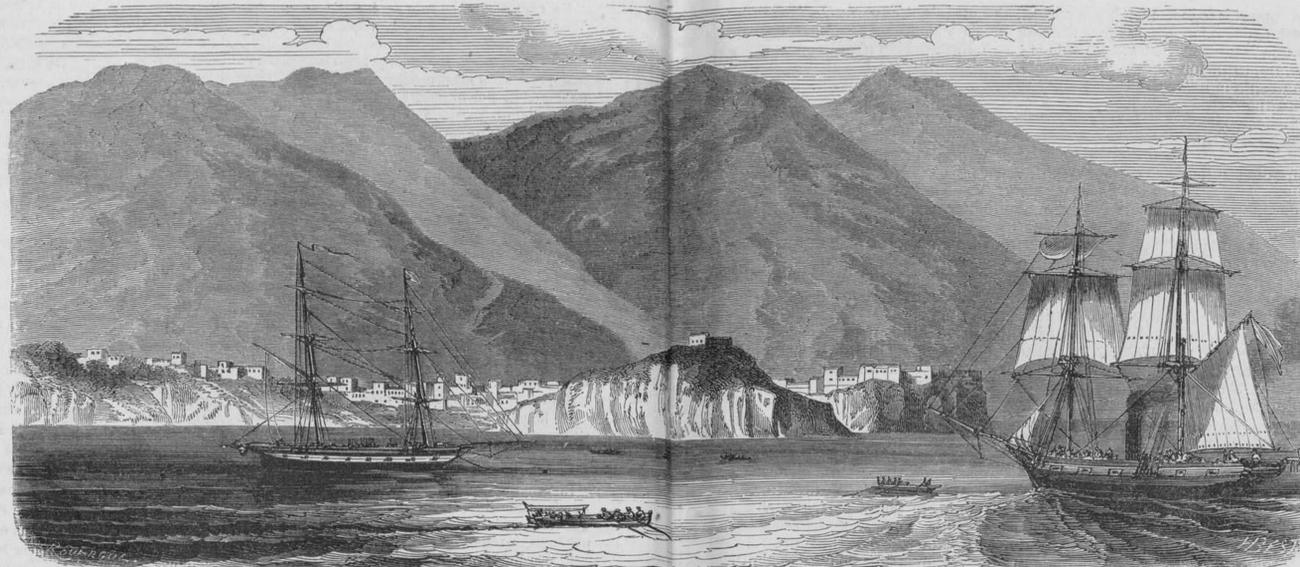
Y un pensamiento extraño me ha venido,
Que ni sé si me aflige ó me consuela:
Y es que vives aun, ¡oh padre mio!
Y andas con otro nombre por la tierra;

Que estás resucitado y trasfundido;
Que en otro ser te mueves, hablas, piensas;
Que ese soy yo; que somos uno mismo;
Que tu existencia ha entrado en mi existencia.

JOSÉ EUSEBIO CARO.



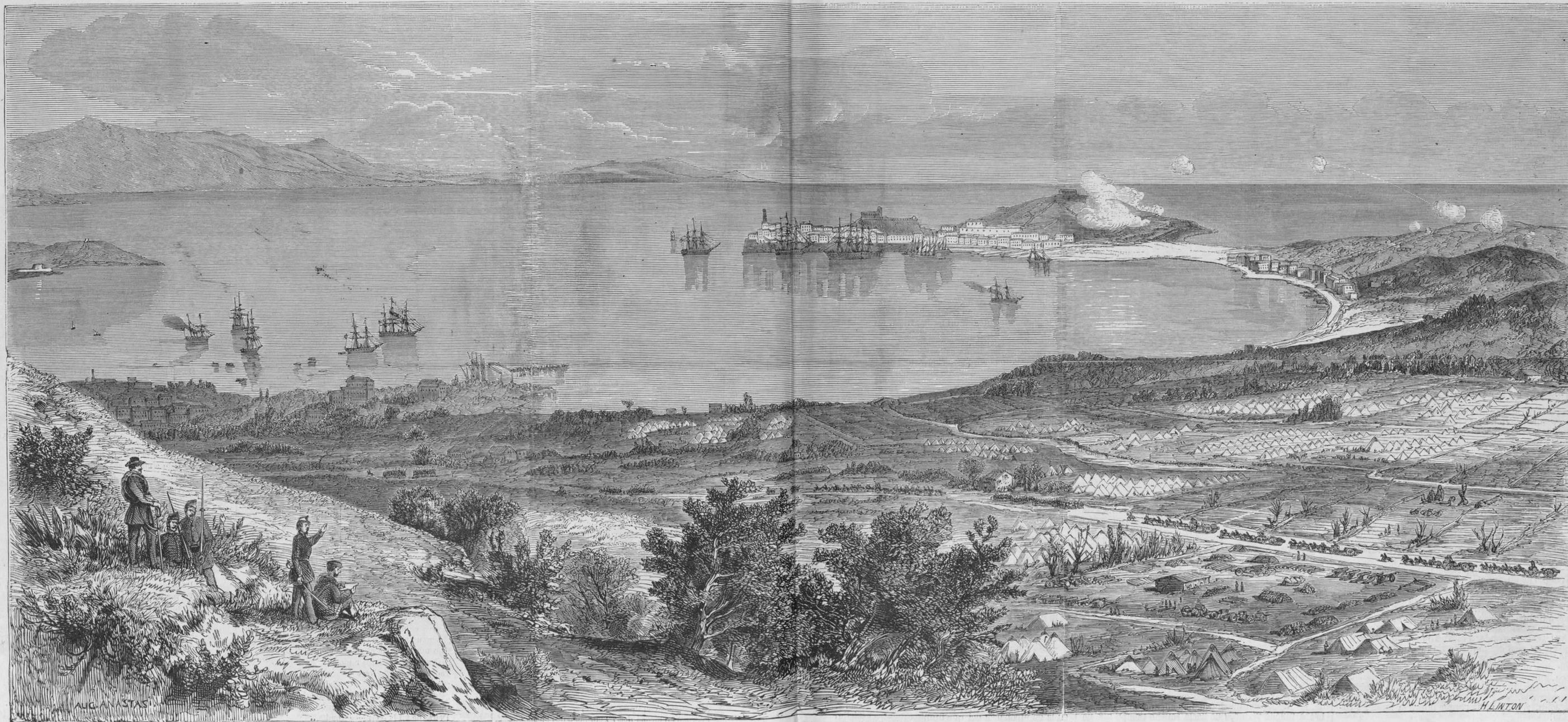
PIEZA DE ARTILLERIA PIAMONTESA YENDO A TOMAR POSICION DELANTE DE GAETA.



LOS FUERTES DE GAETA.



ESCENA DE CAMPAMENTO PIAMONTES DELANTE DE GAETA.



PANORAMA DE LA CIUDAD DE GAETA DURANTE EL SITIO.

UNA HISTORIA INGLESA.

PRIMERA PARTE.

(Continuacion.)

¡Ah! ¡Se habian comprendido!... Nada tenian que temer de la sociedad. Se estrecharon la mano en silencio, sus ojos se encontraron, toda pasion humana habia desaparecido. Cada uno de ellos leia en el alma del otro y reconocia en ella alguna cosa mas elevada aun, mas pura que el amor... ¡momento de inefable dicha!

Mistress Jessop lo observaba conmovida y adivinando lo que pasaba en aquellas nobles almas. Ella habia conocido tambien el verdadero amor, si como decian, habia permanecido fiel durante treinta años á nuestro digno doctor. Pero era una mujer de experiencia y tambien conocia el mundo.

— Ahora debéis partir, dijo á mi amigo.

— Si, me marchó; pero ella... ¿qué hará ella?

— ¡Oh! no tengais cuidado; he encontrado á Jane, respondió Ursula echando los brazos al cuello de mistress Jessop y apoyando su cabeza sobre su hombro.

Era la primera vez que veíamos á miss March manifestar su afecto por medio de caricias. Se mostraba bajo un nuevo aspecto; revelaba todos los tesoros de ternura ocultos en su corazón.

John fijó en ella una mirada de despedida, y luego dijo con una voz ahogada:

— Vámonos.

Un instante despues estábamos fuera de la casa en medio de una noche fria, sombría y borrascosa.

XVIII.

Trascurrieron algunas semanas sin que hubiera cambio ninguno en nuestra existencia.

Ursula March vivia cerca de nosotros; habia salido de casa de sus primos y estaba con Mrs. Jessop.

La prueba era terrible para mi amigo. Mistress Jessop no habia vuelto á convidarnos. Nosotros no podiamos echárselo en cara, pues su posicion era muy delicada, y Norton-Bury era un nido de chismes. Ya circulaban mil comentarios sobre la ingratitud de miss March con sus primos: ya se habian inventado mil historias mas ó menos falsas sobre la aventura del squire y de John Halifax. Si en todo esto se hubiese mezclado el nombre de miss March, no sé lo que habria sido de mi amigo.

John veia á miss March constantemente, pero siempre por acaso; la distinguia un momento á la ventana ó la encontraba en la calle. Yo sabia siempre si la habia visto, que lo dijera ó no: su mirada le habria descubierto si hubiese querido callarlo.

Nada decia; pero yo observaba con dolor el cambio que en él se hacia. Su fuerza le abandonaba; su mirada era triste; una languidez doliente sucedia á la enérgica serenidad que le era caracteristica.

— ¿Qué puedo hacer por tí? le dije una noche que me pareció mas abatido que de costumbre. (Justamente Mrs. Jessop y Ursula acababan de pasar por delante de la casa.) Te veo enfermo.

— No, no tengo nada, Phineas; dejadme.

Dos minutos despues me pedia perdon por estas palabras.

— No eras tú quien hablabas, le dije yo.

— No, teneis razon; no era yo, es un enemigo que está aquí, añadió poniéndose la mano sobre el corazón; el lugar que habita á veces está como un infierno.

Me callé; ¿qué consuelos habria podido ofrecer á semejante angustia?

Estábamos sentados cerca de la ventana. Los castaños de la abadía comenzaban á echar retoños. Se oia el alegre murmullo de los chicos que jugaban á poca distancia, murmullo que nos anunciaba la vuelta de los dias largos.

— ¡Qué hermosa noche! exclamó mi amigo.

Yo le miré de frente; no podia conseguir engañarme.

— John, ¿has sabido algo de ella? le pregunté.

— Sí, exclamó suspirando; se marcha de Norton-Bury.

— ¡Alabado sea Dios!

Se volvió bruscamente, y me echó una mirada que yo no sabia definir; pero en breve repuso serenándose:

— Quizá deberia yo decir lo mismo, pues esto no podia durar mas, ó yo estaria... ¡Oh! Dios me guarde... ¡antes la muerte!... Amigo mio, ¡si Dios quisiera enviarme la muerte!...

Y se cubrió el rostro con sus dos manos.

— John, dije yo al fin ya sin esperanza; ¿porqué en vez de guardar un silencio que te asesina, no vas á verla y se lo confiesas todo?

— Ya he pensado en ello. Noble pensamiento á la verdad, digno de un aprendiz de curtidor. Dos noches seguidas he sido bastante loco para ir hasta la casa del doctor, donde no he entrado, ni me han dicho que vuelva desde aquella noche... Pero á Dios gracias, he recobrado á tiempo la razon, y he venido aquí sin haber cometido una insensatez ó una cobardía.

¡Ay! ¿Qué responder á esto? Yo sabia lo mismo que él que á los ojos del mundo seria insensato y loco que un jóven aprendiz de veinte y un años solicitase la mano de una niña con la posicion y la fortuna de miss March, aunque esta fortuna no fuese tan grande como habian dicho, lo cual se habian apresurado á publicar los Brithwood.

— John, ¿cuánto daria porque nunca la hubieses conocido!

— Silencio, Phineas; no habéis así... Si supiérais todo lo que oigo decir de ella, de su buen corazón, de su generosidad, de su fuerza de ánimo... Es ya una bendición del cielo el haberla merecido de un ángel... no, es mejor que un ángel, es una mujer. No como una santa la habria yo querido, sino como una compañera marchando á mi lado, sosteniéndome en mi flaqueza, haciéndome puro y bueno. Sí; yo habria podido ser bueno si la hubiese tenido por esposa.

Se levantó y se paseó por el cuarto con suma agitacion.

— Phineas, ¿no podriamos salir para encontrarla en el camino donde la veo casi todos los dias?... A veces se contenta con saludarme sonriendo; otras veces me tiende la mano, y luego continúa su camino, y yo me quedo parado contemplándola como un idiota... ¡Ah!... allí viene.

En efecto, Mrs. Jessop y miss March pasaban por el otro lado de la calle hablando y sonriendo como de costumbre.

No pensaban en nosotros; pero al llegar delante de la casa, Ursula volvió ligeramente la cabeza: una sonrisa brillaba en sus labios. No nos vió, pues John se habria retirado de la ventana arrastrándose consigo.

Un momento despues desaparecieron.

— Ahora, Phineas, todo está concluido.

— ¿Qué quieres decir?

— Que la he visto por última vez.

— No; no se marcha todavía.

— Pero yo sí... huyo del diablo... ¡Hurra! amigo mio, esta noche nos divertiremos... Mañana me voy á Bristol y me embarco para América.

Y me estrechó las manos fuertemente riendo con una sonrisa extraña; luego se dejó caer sobre una silla.

Algunas horas despues estaba tendido en mi cama, enfermo, segun parecia, con una calentura que reinaba en Norton-Bury desde el hambre del año anterior; al menos Jael así lo decia, y debia estar al corriente, pues ya habia curado á muchos enfermos atacados del mal reinante. Quiso ser sola para cuidarle, formando empeño en que el doctor Jessop no entrara en casa. Yo no me opuse sabiendo que la causa de su mal seria un secreto para los facultativos. Todo lo esperaba yo de la calma de un cuarto de enfermo, de los cuidados de Jael y del afecto de un hermano.

Sin embargo, al cabo de algunos dias hubo precision de llamar á un médico de Coltham, quien declaró igualmente que John tenia la fiebre de Norton-Bury. La habia cogido, decia él, viviendo como se obstinaba en vivir, en la guardilla de la casa de Sally Watkins, situada en una callejuela estrecha y mal sana.

Pero á todo esto no iba mejor; pasaban dias y semanas, y continuaba en el lecho sin quejarse, sin parecer apenas que estaba malo, y no obstante cuando yo le hablaba de convalecencia, se volvía del otro lado como si hubiese estado hastiado de la vida.

Un dia, despues de haber pasado toda la mañana á su cabecera, cruzó por mi mente una verdad que hasta entonces habia rechazado lejos de mí como una cosa horrenda, imposible. Me dije que las enfermedades del alma bastaban para dar la muerte. Un temblor corrió por todo mi cuerpo... ¡John, amigo mio!... Tomé su pobre mano que descansaba sobre la sabana, aquella mano que en Enderly le pareció una vez tan tosca y fuerte; ahora la de Ursula no está mas blanca y delicada.

John la apartó al instante.

— No, Phineas, no me toqueis; dejadme descansar.

¡Qué voz tan débil y lastimera! ¿qué necesidad aquella de reposo! ¿Cómo! A despecho de todas las seguridades del médico, se iba consumiendo mi amigo, mi esperanza, mi orgullo, mi único consuelo...

¡Dios mio!... ¿Me iba yo á quedar solo en el mundo sin mi hermano?

Muy á menudo habia pensado en la hora en que Dios me llamaria á sí; y habiame dicho que rodeado de los cuidados y del amor de John hasta el último instante, le dejaria sin sentimiento, puesto que no era mas que una carga para él. John acabaria honrosamente la carrera que se abria ante sus ojos tan rica de esperanzas y de generosos pensamientos... Pero ¿y si esto era un sueño, si era John el que moria antes?...

Caí de rodillas, y el grito de mi dolor subió hasta el cielo.

¿Cómo arrancarle á la muerte?

No ví mas que un medio, y me fijé en él sin preguntarme si era bueno ó malo, honroso ó no. La vida de John estaba en la balanza, y no habia mas que aquel modo de salvarle.

Además, ¿no habia yo pedido á Dios que viniera en mi socorro?

Separé la cortina y miré á la calle, adonde no habia salido hacia algunas semanas. Casi me sorprendió el ver que estábamos en la primavera. Todo parecia tan hermoso á la luz dorada del crepúsculo... Todo tenia un brillo de vida, de frescura, de esperanza, y John estaba allí consumiéndose en su lecho de dolor.

— ¡Oh! No quiero luz, dijo una voz débil; no puedo soportar la luz; dejadme á oscuras.

Media hora despues estaba en casa de Ursula.

La encontré sola en el salon; el doctor habia salido y Mrs. Jessop estaba en el jardín muy ocupada en arreglar sus flores; podia explicarme pues con toda libertad.

Ursula estaba haciendo media; era en aquel tiempo la labor favorita de las señoras. Sus ojos tenían una expresion suave y meditabunda que se disipó á mi llegada. Me recibió con mucha afabilidad, me dijo que celebraba mucho verme, que hacia mucho tiempo que no

nos habia visto... despues siguió meneando las agujas. ¡Qué dedos tan ágiles y delicados! ¡qué sonrisa tan suave y tímida! Casi habria debido aborrecerla.

— No es de extrañar que no nos hayais visto; John ha estado muy malo... lo está todavía... casi moribundo.

Lancé estas palabras como otras tantas flechas, y observé el efecto que producian. El tiro fué certero; la ví estremecerse, y exclamó:

— ¡Enfermo!... ¿y nadie me lo ha dicho?

— ¿A vos? ¿y qué puede importaros? repuse bruscamente, casi con mal tono; en cuanto á mí no tengo mas amigo en la tierra, y si se muere...

Y dí rienda suelta á mi dolor contenido durante largo tiempo.

En mi delirio, yo habria querido arrebatarla su alegría, su reposo, y hacerla sufrir lo que yo estaba sufriendo... ¿Quién tenia la culpa?

Perdóname, Ursula... ¡era injusto y cruel, y tú tan buena y tan dulce!...

Se levantó, se acercó á mí y tomó mi mano. La suya estaba helada y su voz trémula.

— No tanta pena; ¡es jóven y Dios es misericordioso!

No pudo decir mas, y tuvo que sentarse con una agitacion extraordinaria.

Veíase que habria querido esconderse á todas las miradas; pero yo sin compasion tenia mis ojos clavados en los suyos, como la serpiente que fascina su presa; y en efecto, la veia temblar como un pobre pajarillo, cuyas alas han sido partidas por el rayo.

Por fin se levantó y trató de salir del aposento.

— Voy á llamar á Mrs. Jessop que os podrá dar algun consejo.

— No, ninguno puede darme; quedaos aquí.

— Una consulta quizá... el doctor... debéis tener...

— Solo necesitamos una cosa, y esta no la tendremos nunca... No es el cuerpo el que sufre, es su alma... ¡Ah! mis March — y la miraba como un miserable que implora su vida — ¿no veis de qué se muere mi hermano?

— ¡Se muere!

Se estremeció; pero yo proseguí diciendo:

— Pasadlo bien; una vida como la suya, que podria ser un beneficio para todos los que él ama, — para el mundo entero, — ¿debe ser sacrificada así? Cuando tenia fuerzas, luchaba contra... contra... pero ahora su salud está destruida, no puede recobrarla, y á menos de un cambio feliz, yo veo claramente, yo que le amo mas que nadie en el mundo puede amarle...

Ursula hizo un ligero movimiento.

— Sí, mas y mejor que nadie, repetí; pues aunque por su parte no sea lo mismo, no hay un ser en el mundo que me sea tan caro como él, y sin embargo, he renunciado á toda esperanza, á menos que... pero no tengo derecho para decir mas.

Y no era necesario, porque ella me habia comprendido. Su sangre se habia encendido y daba un vivísimo color á su rostro, á su cuello y aun á sus brazos tan bellos y delicados. Me miró un instante, un instante no mas, como si hubiese querido leer en lo mas recóndito de mi alma.

— Es la verdad, miss March; sí, desde el año último... La respetareis, ¿no es cierto?

Hizo una señal afirmativa con la cabeza, pero no pronunció una palabra.

Este silencio me irritó.

— ¡Cómo!... ¡Ni una palabra!... ¡Ni el mas sencillo mensaje de un amigo á un amigo... y á un amigo que quizá se muere!...

Continué el silencio.

— Quizá es mejor que así sea, exclamé yo exasperado; quizá es mejor que se vuelva al seno del Dios que le ha criado, y que ha hecho de mi pobre amigo, como acaso lo vereis un dia, un ser demasiado noble para dejarle morir... por una mujer.

Y salí del aposento.

No hablaré de las horas que siguieron á esta visita. Mi espíritu estaba turbado; no habria sabido decir si lo que acababa de hacer estaba bien ó mal hecho. Ni aun en el dia podria decidirlo.

Siguiendo mi primer impulso, habia creído seguir la voluntad de la Providencia.

Esperé á estar un poco mas sereno para entrar en el cuarto de mi amigo, donde solo penetrábamos Jael y yo.

La buena mujer me abrió la puerta.

— Entra con silencio, Phineas; creo que hay un cambio.

¡Un cambio! ¡Horrible palabra! Me adelanté vacilando hacia el lecho de John.

Sí, un cambio se habia operado; pero á Dios gracias, no era aquel cuya sola idea me habia helado la sangre.

John estaba sentado en su cama. Una nueva vida brillaba en sus ojos, una nueva vida y... algo de mas divino que la esperanza.

— Phineas, debéis estar cansado; es hora de que os vayais á la cama.

Era la misma voz de antes, la voz que hacia muchas semanas no habia oido. Me dejé caer llorando sobre el lecho.

— No me aflijais mas, amigo mio; mañana, si Dios quiere, estaré mucho mejor.

En medio de toda mi alegría no podia menos de extrañar un cambio tan milagroso.

— Os echariais á reir si os dijera la causa... ha sido un sueño.

— ¡Oh! No me reiria, pues despierto ó dormido creo en la omnipotencia del que ilumina nuestro espíritu.

— Un sueño tan extraño, que su impresion no se ha borrado aun... Phineas, he soñado que habia venido á sentarse ahí, donde estais ahora.

— ¿Ella?

— Ursula.

— Con qué dulzura tan inefable pronunció este nombre que por primera vez salía de sus labios! Antes solo decia *miss March* ó *ella*, el simple pronombre que se emplea para designar un nombre amado. ¡Ursula! Jamás un hombre pronunció así el nombre de una mujer, excepto aquel que vibra en el fondo de su corazón con una sonrisa suave, nombre siempre familiar y cada vez mas dulce.

— Sí... estaba ahí, repuso, y me hablaba... me decia que sabia muy bien que yo la amaba... que la amaba tanto, que me moria por ella... pero que hacia mal; que debia levantarme, recobrar toda mi energía y cumplir mi tarea en el mundo, no por amor á ella, sino por obedecer á la voluntad del cielo... que un hombre debe vivir, y vivir honrosamente para la mujer que ama... que solo un cobarde muere por ella.

Yo escuchaba mudo de sorpresa, pues eso era en efecto lo que Ursula habria dicho; eso era lo que se pintaba en sus ojos aquella noche en que John y ella se habian visto en casa de Mrs. Jessop.

Le pregunté si no habia soñado mas.

— Lo restante no ha quedado bien en mi memoria... Me parecia que estábamos en la meseta de Enderly, y que yo la seguia; no puedo decir si logré llegar á ella... ó si lo lograré jamás. Todo lo que sé es que quiero seguir su consejo. Me levantaré y tendré ánimo.

En efecto, dormí con el tranquilo sueño de un niño toda la noche, y al otro dia, al entrar en su cuarto, le hallé en pié y vestido.

Tenia el aire de un espectro; pero el valor y la esperanza brillaban en sus ojos. Hasta mi padre lo notó, cuando en el momento de la comida John, ayudado por Jael, se arrastró hasta la mesa. ¡Pobre Jael! ¡cuán satisfecha estaba!

— Al fin ya estás en pié; pronto te veremos como antes.

— Sí; y me vereis mejor que antes.

— Mejor ó peor, de un modo ó de otro, no podemos prescindir de tí... Phineas, ¿quién ha tocado á mis anteojos?

Y Abel Fletcher nos volvió la espalda y se puso á leer su diario.

¿Qué comida tan alegre fué aquella!

En la tarde mi padre se quedó en casa, lo que era rarísimo: hizo mas; fué á fumar su pipa al jardín.

John permaneció tendido en una especie de sofá que yo le habia preparado en el hueco de una ventana, con tres sillas de respaldo elevado.

Yo estaba leyendo cuando entró á decir Jael:

— John Halifax, hay aquí una mujer que quiere verte. No, amigo mio. ¿Porqué ese estremecimiento, porqué ese color encarnado en tus escuálidas mejillas, como si no hubiera mas que una mujer en el mundo?

No; era Mrs. Jessop.

Los ojos de la buena señora se llenaron de lágrimas á la vista del esqueleto que estaba de pié delante de ella.

— Habéis estado muy malo, pobre hijo mio. Perdonadme, ya sabéis que soy una anciana... Sentaos.

Y suavemente le obligó á que se tendiera, y ella se sentó á su lado.

— No he tenido ninguna noticia... ¿Porqué no nos lo habéis dicho? ¿cuánto tiempo hace que estais enfermo?

— Ahora estoy bien, muy bien... mañana volveré á trabajar, ¿no es verdad, Phineas?

Y me miró como para pedirme que confirmara lo que habia dicho.

Yo me apresuré á responder afirmativamente. Me agradaba que ella viese que una joya tan preciosa como el corazón de John, no se enterraría en el lodo porque una jóven orgullosa le despreciaba: sí, queria que un dia viese que no habia mujer en el mundo de quien no fuese digno mi amigo.

— Pero debéis cuidaros aun, repuso Mrs. Jessop.

— Se cuidará; si no otros lo harán por él; otros para quienes su vida es muy preciosa.

Yo hablaba quizá con demasiada amargura á Mrs. Jessop; pero su afable respuesta me probó que me comprendia y perdonaba.

— Lo creo, M. Fletcher, y creo tambien que M. Halifax apenas sospecha el interés y la estimacion que nos inspira... á todos.

Y al decir estas palabras tomó afectuosamente la mano de John.

— Es preciso que os restablezcáis pronto. Mi marido vendrá á veros mañana. En cuanto á Ursula (y al llegar aquí se puso á registrar su bolsillo), hé aquí lo que os envia.

Era una esquelita abierta que traia en el sobre *John Halifax*. La letra era bonita.

John tomó el papel, y sus dedos se cerraron convulsivamente.

— ¡A mí!... ¡cuánta bondad!

No pudo decir mas; la mano que tenia la carta temblaba como una hoja.

— Sí, añadió Mrs. Jessop dirigiéndose á mí; tiene un carácter muy agradecido. No quisiera yo que fuera de otro modo; no quisiera ver que se olvidaba de aquellos cuya benevolencia supo apreciar cuando estaba en la afliccion.

Yo guardé silencio; ni aun la buena Mrs. Jessop sabia ya que decir; se quitó el guante y se pasó la mano por los ojos.

— ¿Habéis leído la esquelita, M. Halifax? preguntó al fin.

John no respondió.

— Yo me encargaré de la respuesta; me ha dicho qué es lo que os escribiría.

Todo el mundo habria podido leer estas líneas.

« Mi querido amigo: — Hasta ayer no he sabido que estuviérais enfermo; no he olvidado lo que habeis hecho por mi pobre padre, y si lo permitis, pasaré á veros con mucho gusto.

» Vuestra amiga, — URSULA MARCH. »

Mas de treinta años despues volví á ver esta esquelita amarillenta y arrugada en la cartera de John.

— Y bien, ¿qué diré á mi querida hija?

— Decidla (y trató de levantarse, apenas podia hablar); decidla... que venga.

Volvió la cabeza y miró hácia la ventana; dos gruesas lágrimas brillaban en sus ojos.

Mistress Jessop salió de casa.

Esperamos durante una hora. De tiempo en tiempo John cerraba los ojos y luego los clavaba en el azul del cielo, que brillaba por encima de los árboles de la abadía. Mas de una vez tambien los clavó en el papel que tenia en la mano; aquello le bastaba.

Mi padre volvió del jardín y se sentó en su sillón á dormir la siesta. Pero creo que apenas fijamos la atencion en mi anciano padre.

Ursula llegó por fin, con las mejillas encendidas por la marcha. Un instante se detuvo á la puerta del aposento... habriase dicho la imagen de la juventud y de la inocencia. No se sonrojó; ¿porqué se habria sonrojado? ¿No estaba santificado el paso que daba por la voluntad de Dios y por la de su propio corazón?

John se levantó para salir á su encuentro, y silenciosamente se estrecharon la mano.

Ahora no se hallaba bastante fuerte para disimular; y ella debió leer en sus ojos que lo que yo habia dicho era muy cierto.

Pero Ursula bajó la vista.

Entonces se oyó la voz de Jael.

— Abel Fletcher, la mujer del doctor te espera en la huerta y dice que sus grosellas no están tan adelantadas como las tuyas.

Mi padre se despertó, se restregó los ojos, advirtió al fin la presencia de una mujer, se volvió á restregar los ojos, y luego permaneció sentado con la vista fija.

John llevó á la jóven cerca del sillón del anciano diciendo:

— M. Fletcher, os presento *miss March*, una amiga mia, que sabiendo que he estado enfermo ha tenido la bondad...

Y como le faltara la voz, Ursula continuó bajando los ojos.

— Soy huérfana y él ha sido muy bueno con mi pobre padre.

Abel Fletcher hizo una ligera inclinacion de cabeza, afianzó sus anteojos, y luego volvió á inclinar la cabeza con aire grave y satisfecho. Su mirada se dulcificó poco á poco al ver aquel semblante juvenil en que se reflejaban el candor, la franqueza y la dignidad.

— Si eres una amiga de John, bien venida seas á mi casa; ¿quieres sentarte?

Y tendiéndola una mano con una cortesía y una bondad que nunca habia notado yo en mi padre, la hizo sentar en su sillón.

Aun me parece estarla viendo con su esclavina de seda negra guarnecida de aquella piel blanca que tanto la gustaba llevar y su sombrero de amazona, cuyas largas plumas caian sobre su hombro.

Mi padre principió á comprender poco á poco; pero al fin concluyó un exámen tan enojoso para la jóven, y la dijo con una sonrisa:

— ¿Quieres quedarte á tomar el té con nosotros?

De este modo en menos de una hora nuestro comedor ofreció un espectáculo que estábamos muy lejos de esperar. No es de extrañar que cuando la jóven se sentó á la punta de la mesa y cuando alargó con su bonita mano la taza de té á mi padre, no es de extrañar que se estremeciera de un modo visible, como si hubiese sido otra la que se hubiese hallado en el puesto de *miss March*. Mas de una vez al sonido de aquella voz tan suave se volvió hácia ella y la miró como si mirase una aparicion del otro mundo.

Pero Mrs. Jessop se apoderó de él muy luego, y á pesar de su misantropía no pudo resistir á la amabilidad de la mujer del doctor.

Este último llegó poco despues del té, y al punto se entabló entre ellos una conversacion muy animada.

Parecian habernos olvidado.

Miss March estaba sentada á una mesita cerca de la ventana y admiraba los jacintos que nos habia traído Mrs. Jessop. El regalo era oportuno, pues todo Norton-Bury sabia que si Abel Fletcher tenia un flaco, era por sus flores y su jardín. El color y el perfume de aquellos jacintos debian tener un encanto particular para uno que habia estado largo tiempo enfermo. John los miraba, y luego llevaba la vista hácia la jóven como si lo hubiese olvidado todo para disfrutar mejor de aquel dulce momento.

Yo estaba sentado, no sé dónde, y probablemente nadie lo sabia.

— Así, exclamó Ursula como hablando consigo misma, con una satisfaccion infantil y despues que hubo concluido de arreglar las flores.

— Son preciosos esos jacintos, dijo John con voz conmovida. Principia á oscurecer y los colores no se distinguen mucho, pero su perfume es exquisito, aun desde aquí.

— Puedo acercaros la mesa.

— Mil gracias... sentaos.

Ursula vaciló un instante y luego se sentó al lado de mi amigo. Largo rato guardaron silencio. Los rayos del sol en el ocaso bañaban suavemente sus cabezas.

— Tenemos luna nueva esta noche, dijo gravemente *miss March*.

— ¡Ah! En este caso he estado enfermo todo un mes, pues recuerdo haberla visto á través de los árboles aquella noche que...

No concluyó y ella me preguntó á qué noche se referia.

— Pienso que muy luego podreis salir, dijo *miss March*. Norton-Bury es un bonito pueblo.

— ¿Le vais á dejar?... la preguntó de repente.

— No, todavía... no sé. Quizá no me marche... quiero decir, añadió con precipitacion, que como soy independiente y he roto del todo con mis primos, prefiero naturalmente vivir con Mrs. Jessop.

— Naturalmente, repitió John con frialdad.

Hubo otra pausa.

— Me prometo, dijo al fin Ursula, y luego se detuvo como espantada de su propia voz.

— ¿Qué os prometéis?

— Que dentro de poco habreis recobrado todas vuestras fuerzas.

— Así lo espero yo tambien. Necesito mis fuerzas, Dios lo sabe, añadió suspirando.

— Y podreis cumplir vuestra tarea en este mundo; no tengais miedo.

— Por nada; llevaré mi cruz como los demás; cada uno tiene la suya.

— Sí, lo creo.

El cuarto se ponía á cada instante mas oscuro.

— Tengo intencion de salir de Norton-Bury en cuanto pueda para marcharme al extranjero.

— ¿A dónde?

— A América. Es el pais que mas recursos ofrece á un jóven que no tiene ni posicion, ni fortuna, ni familia; que no tiene mas que sus dos brazos.

— Teneis razon, murmuró en voz baja.

— Me alegro que penseis como yo, dijo mi amigo recobrando aquel tono glacial que tanto contrastaba con sus maneras tan suaves y candorosas. De un modo ú otro debo abandonar la Inglaterra; tengo mis razones para ello.

— ¿Qué razones?

Esta pregunta pareció sorprender á John y no respondió al instante.

— Si deseais conocerlas os las diré, á fin de que sepais, ya que habeis querido ser mi amiga, y en el caso de que no vuelva, que no me he dejado arrastrar ni por las ilusiones de la juventud, ni por amor al cambio.

Se detuvo como si hubiera aguardado una contestacion; pero Ursula guardó silencio y él prosiguió:

— Me voy porque me amenaza una gran desgracia, y en tanto que permanezca aquí no podré ni vencerla ni huirla. No quisiera sucumbir, y prefiero cumplir mi tarea en este mundo como habeis dicho, y como debe hacer todo hombre. Nadie tiene derecho para decir al Criador: « Mi carga es demasiado pesada. » ¿No pensais como yo?

— Sí.

— ¿Y no pensais tambien que tengo razon para querer hacerme fuerte contra esa desgracia inevitable?

— ¿Es inevitable?

— ¡Silencio! exclamó John con tono desesperado. ¡Oh! No rzoneis conmigo... no podeis juzgar... no sabeis... Basta con que me halle en la precision de partir. Si me quedara seria un ser despreciable á mis propios ojos, indigno de... ¡Ah! perdonadme; no tengo derecho para hablar así, pero me habeis llamado vuestro amigo, y quisiera dejaros un recuerdo siempre favorable, porque... porque...

— John, quedaos.

Estas palabras se perdieron en un débil grito. Pero él las oyó; ella se acercó suavemente al jóven, como un tierno pajarillo que busca un asilo protector. Se habian comprendido; dijera lo que quisiera el mundo, eran iguales á los ojos del cielo, y ella recibia tanto como daba.

Cuando Jael sacó luz me pareció que todo daba vueltas en el cuarto.

Luego vi á John y á Ursula que se levantaron; él la tomó la mano y atravesó el aposento; mi amigo llevaba la frente erguida, los ojos brillantes; tenia el aire de un hombre que declara ante todo el mundo:

— Esta mujer me pertenece.

— ¿Qué es eso? preguntó mi padre mirándolos por encima de sus anteojos.

John respondió con voz entrecortada:

— Ni ella ni yo tenemos padres; bendecidla, pues ha prometido ser mi esposa.

Y el anciano la bendijo llorando.

(Se continuará.)

Una excursion al Vesubio.

Desde la falda de la montaña hasta la casa de la Ermita las sustancias que provienen de la descomposicion de las cenizas vomitadas por el cráter cubren la lava con una tierra sumamente caliente; ahí es donde se recoge

el famoso vino de Lacryma Christi: ¡triste fecundidad sin embargo, que se compra á costa de alarmas incesantes!

Seria la una cuando llegué á la casa de la Ermita arrendada por un tabernero que vende en ella un vino muy malo, y que se disfraza con los hábitos de ermitaño. Desde esta casa el camino cesa de ser practicable para nuestras monturas, y nos encontramos en medio de una naturaleza árida, desolada, muerta, sin señal alguna de vegetación. El suelo trastornado por todas partes, se halla erizado de masas volcánicas de un color gris plomo, arrojadas en confusion y unidas entre sí por un cemento de lava. Tenemos que marchar sobre las asperezas de las rocas, y á veces debemos saltar anchas grietas. A nuestra izquierda está el cráter medio hundido del antiguo volcan, hoy apagado y llamado *Monte di summa*, el mismo que enterró á Pompeya, Herculano y Etabia (1).

A la derecha estaba la capa de lava de la última erupcion; enfrente de nosotros teníamos el cono de cenizas adonde era preciso subir.

Mi termómetro marca 19 grados. De distancia en distancia se ve humo y se principian á oír las detonaciones del volcan.

Nuestra marcha se hace muy penosa. La ceniza sobrepuesta en capas blandas y finas constituye un suelo movedizo que se hunde bajo los piés, y en el cual se puede temer quedar preso á cada instante. A veces nos hundiamos hasta las rodillas. A medida que nos acercamos al cono esta ceniza se calienta y humea. El termómetro que metí en ella subió hasta 33 grados.

Por fin llegamos á la cumbre del volcan cuya altura total es de 1,207 metros. Son las tres; contemplo el cráter: ¡qué espectáculo tan imponente!

Represéntese el lector un ancho golfo de una profundidad de mas de cien piés, irregularmente circular, de donde se escapa una nube de humo sofocante y rojizo. Envuelto en tinieblas se ilumina por intervalos con rayos de luz acompañados de explosiones, seguidas inmediatamente de un hundimiento de piedras sobre superficies sonoras. Parecen fuegos artificiales. En el fondo del abismo brilla un relámpago; al punto sube un cohete, que llegado á cierta altura cae verticalmente en destellos resplandecientes sobre las caras de una pirámide. La base de esta pirámide descansa en medio de un mar de fuego con muchas grietas que reflejan de un modo desigual la luz del incendio.

Sin embargo, el suelo que pisamos abrasa. En ciertos sitios el calor es tan fuerte que penetra el calzado y hay que cambiar de puesto. Este golfo, estos vapores, el horror de las tinieblas y esas conflagraciones constituyen un panorama cuya terrible armonía nadie podría pintar. Por eso el primer sentimiento que experimenté fué de estupor mezclado de temor; apenas me atrevia á circular en torno del cráter; sentia el polvo que crujía bajo mis pasos y tenia que estar alerta con las irregularidades del terreno.

Por fin amaneció y la luz del dia fué aclarando poco á poco el interior del volcan; los objetos se dibujan: las escenas de la noche se explican, y su prestigio disminuye.

El cráter tiene la forma de un inmenso embudo, cuyo orificio abierto corona la cresta de la montaña y se continúa insensiblemente con las paredes del infundibulum. Estas paredes desembocan en un estrecho recinto que limitan.

En el centro está la boca del cráter. Esta no ocupa la parte mas en declive de la excavacion, sino al contrario, la cumbre truncada de un cono que se alza como una isla en medio de la lava y cuya formacion es fácil de comprender.

Supongamos una superficie plana con un agujero. De ese agujero salen piedras por chorros alternativos, y vienen á caer las unas en el agujero y las otras al rededor de él. Estas últimas amontonándose gradualmente,

acaban por figurar una pirámide cuyo conducto central se continúa con el agujero de emision. Parece un cañon de chimenea. Tal es, en mayor escala, la manera como se forma y crece la pirámide del volcan.

En efecto, la cumbre de esta pirámide vomita materias incandescentes. Estas materias caen luego unas perpendicularmente en la boca del cráter, otras sobre su contorno, y otras en fin, ruedan hasta la base ó saltan sobre la pirámide. A medida que se enfrían pasan por diversos matices de coloracion que no se pueden apreciar bien sino durante la noche.

sube rápidamente á 90 y 95 grados. Hay que sacar el instrumento para que no estalle el tubo.

Así llego no sin trabajo hasta el fondo del cráter. Son las seis y habiamos tardado en bajar cerca de cuarenta minutos. Para formarse una idea del sitio en que pongo ahora el pié hay que figurarse un circo, y en medio de la arena una pirámide. Entre la base de la pirámide y las primeras gradas del circo queda un espacio libre. Ahora bien, en ese espacio estoy. La chimenea del cráter representa la pirámide de la arena, y las paredes los tendidos del circo.

Este espacio podrá tener unos tres metros de anchura. Su suelo es liso como el asfalto de una acera; no es otra cosa que una capa de lava enfriada, que tiene la solidez de una piedra. No se puede hacer huella ni con el tacon de la bota ni con la contera de un palo.

Se puede circular en torno de la chimenea del cráter, pero solo en un tercio de su conferencia, pues en los otros dos la lava se halla en plena ebullicion.

Ahora que nos hemos ocupado de lo que está á los piés, alcemos los ojos hácia la pirámide del cráter (1).

Esta pirámide parece un enorme monton de coque, aunque su color es mas oscuro. Sin embargo, no tiene ni el brillo ni el color del carbon de piedra. Los restos volcánicos que la componen están mal amontonados unos sobre otros, dejando huecos por donde ha penetrado el aire. Por eso la pirámide es sonora, y así se conoce cuando las materias lanzadas por el cráter llueven en su superficie.

Estas materias rodaban hasta nosotros. Se pueden evitar fácilmente, pues detenidas á cada instante en su camino por su viscosidad, dejan en pos de sí un rastro de fuego, que disminuye la masa. Jamás llegaron de pronto por nuestro lado; para atravesar de una vez la pirámide habria sido preciso que describiesen en el aire una parabola que la proyeccion vertical hacia imposible.

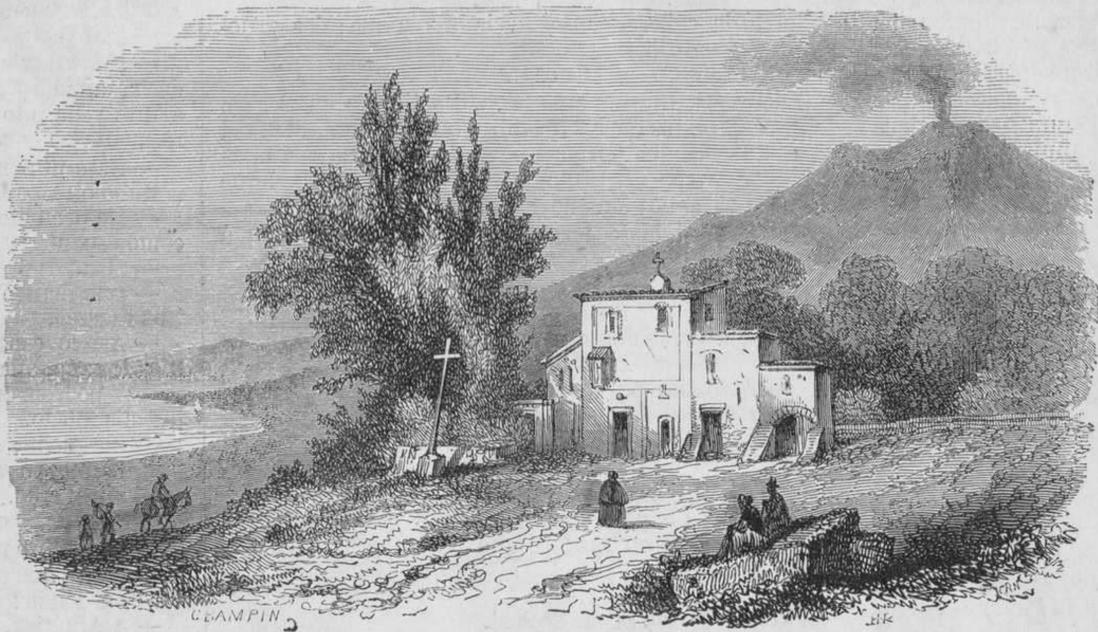
La lava lanzada por el volcan es mas líquida y tiene una temperatura mas elevada que la que baña la base de la pirámide. Hé aquí una prueba.

Yo me habia divertido en arrancar del fondo de las grietas fragmentos de lava líquida, en los cuales hundia con mi baston monedas menudas, y despues acercaba el orificio del trayecto, no dejando mas que un agujerillo. La lava al enfriarse adquiria la dureza de la piedra. En cuanto á la moneda quedaba encerrada, puesto que su diámetro era mas ancho que el del agujero que la habia dado paso. Quise repetir la misma experiencia sobre un pedazo de lava que acababa de lanzar el cráter. La moneda penetró en él por su propio peso, pero al instante se deshace y desaparece. Para prevenir la fusion del metal tuve que dejar pasar cerca de medio minuto antes de introducir otras monedas en la lava.

Estas dos lavas cuando se han enfriado, tienen el mismo color, la misma consistencia y el mismo peso. He traído algunas muestras que examinadas por personas competentes han resultado de una composicion idéntica. En gran parte están formadas por granito fundido, lo que explica porqué pesan tanto. Cada erupcion del volcan hacia vibrar nuestro suelo de lava. En el momento de las mas fuertes detonaciones, sentia oscilaciones verdaderas. Tambien me pareció muchas veces, aun en la ausencia de la erupcion, oír una

especie de mugido subterráneo. Habiendo cubierto con un pañuelo un sitio enfriado de la lava, apliqué el oído: al pronto me fué imposible distinguir nada; estaba como sordo por el chasquido de las capas próximas que estaban en ebullicion. Pero en breve concentrando toda mi atencion, oí por intervalos en las profundidades del volcan, el ruido como de una especie de agitacion húmeda que indicaba movimientos de gases y de materias líquidas.

(1) Hace algunos años un francés subió á esta pirámide y se precipitó voluntariamente en la boca del cráter. Algunos instantes despues fué arrojado completamente calcinado.



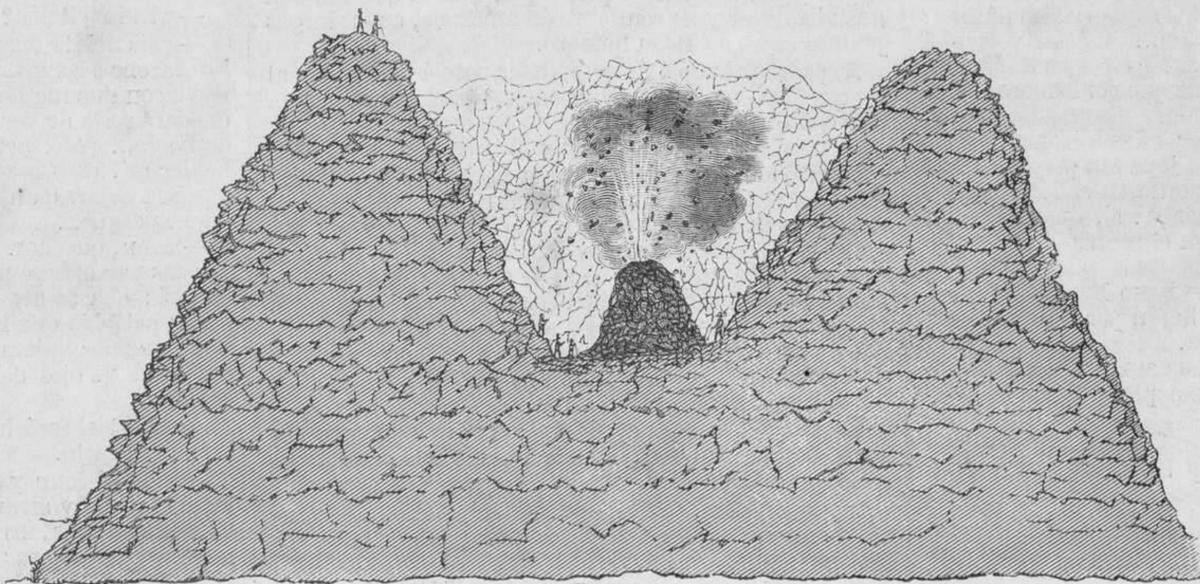
CASA DE LA ERMITA DEL VESUBIO.

Estas erupciones se suceden cada ocho ó diez semanas. Las precede siempre un ruido profundo, y la boca del volcan parece estar encendida. Luego se oye una explosion como un pistoletazo ó un cañonazo; es la lava que salta. La altura del chorro rara vez pasa de treinta ó cuarenta piés. Sigue un momento de silencio, y luego un chasquido seco indica que la lava cae en lluvia sobre la pirámide.

La cantidad y el volúmen de las materias lanzadas así por cada erupcion son muy variables. Unas veces son escorias gruesas como el puño; otras son fragmentos de rocas fundidas y en cantidades considerables.

Aun no estoy mas que en la mitad de mis exploraciones; ahora se trata de bajar al cráter.

No hay camino trazado. Las paredes del cráter me recordaban los grandes peñascos que suele haber en algunas costas, excepto que en lugar de estar cortadas á pico, representan un plano inclinado de superficie ondulada. El declive es demasiado rápido para que se pueda seguir una línea recta. Yo marchaba pues atravesando, ora á

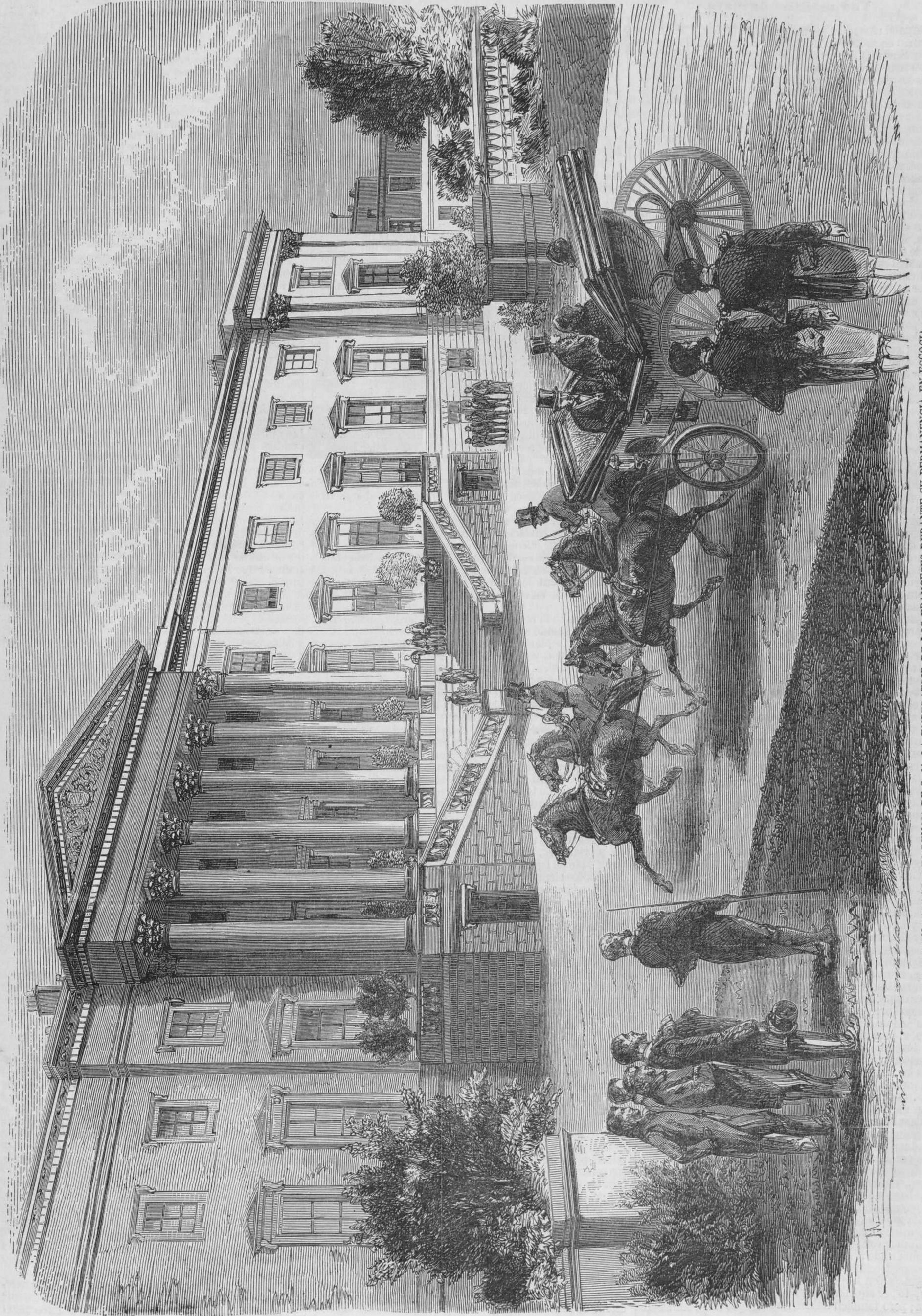


EL CRATER DEL VESUBIO.

derecha, ora á izquierda, volviendo á menudo sobre mis pasos, obedeciendo en fin á todos los caprichos del terreno. El guia iba delante de mí sondeando con su palo los sitios sospechosos. No es posible arrastrarse sobre las rodillas ni agarrarse con las manos, pues el terreno está formado de cenizas y de rocas ardientes. Estas rocas son de una naturaleza sulfúrea, y ofrecen segun su grado de combustion todos los colores imaginables.

A cada paso se ven humos. Son otras tantas bocas de vapor, cuyas emanaciones, parecidas á las del azufre ardiendo, provocan la tos y oprimen. La temperatura de estos humos es de unos 60 grados. Cuando se mete el termómetro en los sitios de donde sale humo, el mercurio

(1) El año 79 de nuestra era: Plinio que salió del cabo Misena para ir á estudiar de cerca el fenómeno de la erupcion, quedó sepultado en Herculano bajo las cenizas vomitadas por el volcan.



HAMILTON PALACE, RESIDENCIA DE S. M. LA EMPERATRIZ DE LOS FRANCESES DURANTE SU PERMANENCIA EN ESCOCIA.

Una mañana de mayo.

Raya el alba, y su primer destello ilumina el alto campanario de Molinedo. Molinedo es un pueblecillo situado en la garganta de la Sierra de Reinoso. A sus pies ondula un mar de verdes hojas, formado por espesísimos bosques de abetos; encima de él se extiende el vasto pabellón del cielo, tan transparente, azul y tornasolado, cual suele serlo en todas partes el hermoso cielo de la España. Al rededor del pueblo serpentea un riachuelo que va vagando aquí y allá, fecundando un grupo de árboles frutales, haciendo brotar de entre las peñas ramilletes de perfumadas flores.

Las casas de Molinedo no pasan de treinta, derruidas las unas, blancas y rodeadas de jardincillos las otras. En el centro hay una plaza irregular, formada por la iglesia, la escuela y la casa del ayuntamiento. A esto se reducen todos sus edificios públicos; pero en cambio tiene rocas graníticas, suspendidas casi milagrosamente en los aires, árboles gigantes y una mugiente cascada de donde surge el límpido riachuelo. El paisaje que le sirve de marco es agreste y lozano, con esa lozanía viril de la naturaleza primitiva.

Por lo demás el país es pobre. El labrador necesita regar muchas veces con su sudor los áridos surcos, para hacer germinar el rubio trigo, ó ver cual se ostentan los pámpanos de las vides sobre las rocas desquebrajadas y arcillosas. Su mayor riqueza consiste en sus rebaños, y el pobre se alimenta con leche, y forma con sus lanas un tejido que le resguarde de los rigores del invierno. No posee otros bienes; pero tiene robustez, sol y alegría.

He dicho que rayaba el alba, ¡oh qué hermosa mañana era aquella, la primera del mes de mayo! Por todas partes sacudían su corola húmeda de rocío, ramilletes de silvestres flores, y los pájaros saltaban de rama en rama confundiendo sus cantos con los murmullos del aura, con las quejas del arroyo, que parecía deslizarse más aprisa entre los altos cañaverales y el verde musgo de sus orillas. ¡Oh, era una deliciosa mañana aquella, iluminada con un rayo de esplendente sol, saturada de perfumes, sobrecargada de armonías!

Y la campana de la iglesia resonaba majestuosamente en los espacios, produciendo un eco en todas las concavidades de las peñas, yendo á extinguirse allá lejos, muy lejos en el último confin del horizonte...

Parecía recordar al hombre que su primer deber es prosternarse ante aquel sol, símbolo de un Sol eterno, que vuelve todos los días á darle calor y vida sin discrepar un solo instante en su prefijada carrera.

Todas las puertas se abrían simultáneamente, por todas partes se asomaban entre los árboles rostros rientes y sonrosados.

La campana había exhalado su último suspiro; todos los fieles habían entrado ya en la iglesia; pero en el ángulo opuesto veíase asomar un grupo, formado de dos ancianos y una mujer, joven todavía.

Esta daba el brazo á la anciana que debía ser su madre; el padre venía detrás. Iba apoyado en su bastón; pero aunque cubrían su frente venerables canas, su cabeza todavía estaba erguida y tersas sus mejillas. Una dulce sonrisa entreabría sus labios, y á veces sacudía orgullosamente su bastón á derecha é izquierda como si saludase á los arbustos, á las peñas salientes, á las fuenteillas, que habían sido los amigos de su primera infancia.

¡Hay tanta alegría encerrada en un rayo de sol de mayo, que hasta la decrepita ancianidad se galvaniza á su contacto! De vez en cuando sus miradas, llenas de un amor sublime se fijaban en las dos personas que marchaban delante de él, y las envolvían á las dos en la misma benévola sonrisa.

La anciana estaba mas agobiada bajo el peso de los años. Escasas hebras de plata asomaban debajo de su mantilla, sus ojos despedían un brillo amortiguado, su barba puntiaguda tocaba casi al extremo inferior del pecho, y á cada paso que daba se crispaba convulsivamente al rededor del brazo de la joven, con ese pueril temor de la ancianidad que por do quiera ve un peligro. Con la mano izquierda apretaba contra su pecho el libro de oraciones, como si fuese el escudo que debiese protegerla.

Y no obstante era inexcusable su temor, por cuanto lo que era su sosten, examinaba el camino con una escrupulosidad prolija, procurando salvar las piedras salientes, deteniéndose delante de la mas pequeña hendidura, adaptando su paso al tardo paso de la anciana.

La joven no era bonita, pero una aureola celeste parecía rodear su frente. Era una buena y santa hija, que había renunciado á todos los placeres, para ser el ángel de la guarda de sus ancianos padres: ¿es acaso necesario decir mas para enaltecer sus virtudes, para demostrar que era la oveja predilecta del rebaño de Jesucristo?

¡Oh sublime amor filial! ¡Oh sentimiento divino, tanto mas inapreciable, cuanto la naturaleza encadena los seres del porvenir, y el que vuelva atrás sus miradas, necesita por auxiliar de su virtud al heroísmo!

Pero aquella débil anciana lo había tenido para sus padres, ¿qué mucho pues que lo encontrase en su hija? ¡Ah, ella también había sido joven y alegre! Habían pasado sesenta años, desde los bellos días en que atravesaba aquella misma plaza, radiante de juventud y de hermosura, ostentando con inocente orgullo sus galas, respirando amor con todos los seres de la naturaleza. Entonces no temía como ahora los montoncitos de musgo, las salientes piedrecitas. Marchaba con paso ligero, con la frente erguida, con la mirada triunfante. Todos aquellos árboles, todas aquellas peñas habían sido testigos de su gloria; pero también habían sido testigos de su sumisión

respetuosa á sus padres, de su filial cariño, y por esto ahora que la encorbaba la ruda mano del tiempo, hallaba un brazo amigo, al cual sirve una dulce mirada que velase su sueño, un corazón amante que palpitase por ella!... Había guardado intacta durante ochenta años, el arca de las virtudes domésticas, de las sacrosantas creencias, la había transmitido intacta á su hija, y ahora que como el naufrago tocaba ya á la orilla salvadora, podía extasiarse á la vista del risueño panorama que se ofrecía á sus ojos, extasiarse sin temor con la idea de la eterna morada que se había labrado piedra por piedra con sus virtudes y en donde debía hallar paz y reposo.

¡No se inquietaba por su hija! había sido buena y Dios la haría dichosa.

Marchaban los tres tan lentamente, que cuando llegaron á la iglesia, la campana convocaba ya á los fieles para una segunda misa.

Un pobre ciego estaba sentado á la puerta.

— Una limosna por amor de Dios, decía con voz lastimera.

La anciana se detuvo, sacó trabajosamente de su faltriquera un enorme bolsillo y se lo dió á su hija.

La había acostumbrado desde la infancia á ser la dulce intermediaria entre ella y los afligidos.

— ¿No sois del pueblo? preguntó la joven poniendo una moneda de plata en la mano del pobre ciego.

— ¡Oh, sí! dijo éste, pero hace cuarenta años que le abandoné, para ir á establecerme en la corte.

— ¿Quién sois? preguntó el viejo que llegaba á la sazón.

— ¡Ay, exclamó dolorosamente el ciego, mis antepasados eran los señores de este pueblo, mis padres poseían la mitad de estas cercanías, y yo pido limosna!

— ¡Don Tomás! exclamó la anciana.

— Don Tomás, repuso el ciego bajando la cabeza.

— Hay un sitio desocupado junto á nuestro hogar, dijo apresuradamente el viejo; mi hermano acaba de morir, ¿quereis reemplazarlo?

El ciego no respondió; pero dos gruesas lágrimas corrieron por sus mejillas.

Cuando los dos ancianos y la joven regresaron á su casa, llevaron casi en triunfo á un nuevo individuo de su familia.

En aquella mansión todo era viejo: desde los criados octogenarios, hasta los muebles y las cortinas, hasta el fiel mastín que dormía al sol esperando la vuelta de sus amos; pero todo estaba limpio, todo en orden, todo ofreciendo la grata imagen de la paz y la abundancia.

La joven sentó á su madre en una ancha poltrona de cuero, y puso en sus manos la rueda cubierta de blanca lana.

Ella bajó á la cocina, al establo, al jardín, dando mil órdenes, velando sobre todas las cosas.

Los criados, tan activos como ella á pesar de sus años, iban y venían, y en un instante estuvo puesta la mesa.

No obstante, el almuerzo fué triste: los ancianos hubieran querido participar de las desgracias de su nuevo amigo; este hubiera querido abrirles su corazón, y sin embargo nadie se atrevía á tomar la palabra.

Por fin, cuando se levantaron los manteles y desaparecieron los criados, el ciego exclamó con doloroso acento cogiendo las manos de la joven:

— ¡Oh, bendita seas, mujer, que honras á la ancianidad, que sacrificas tu juventud á ser el sosten de aquellos que te dieron su sangre, que te colmaron de caricias en la cuna, que te transmitieron todo el fuego de su corazón, que vivieron durante tantos años con tu misma vida!

¡Dichosa tú que has vegetado siempre en este escondido asilo de las puras costumbres antiguas, de los hábitos patriarcales, y no has tenido que luchar con el funesto ejemplo de las modernas costumbres! ¡Dichosa tú que has podido siempre mirarte en el terso espejo de tu madre, y no has tenido mas idea que la de seguir sus santas huellas!

¡Ah, no traspases nunca el círculo de estas montañas! ¡ah! no pongas jamás el pié en ese horrible *pandemonium* donde se discuten las virtudes, donde cada uno tiene el derecho de forjarse una moral á su antojo, donde los hombres, mas ciegos que yo, no aciertan á divisar ninguna luz entre las tinieblas que los cercan.

Allí á fuerza de analizar, á fuerza de discutir, no se sabe ya dónde principia el bien, dónde termina el mal: vicios y virtudes son nombres cuyo verdadero significado es un enigma. La virtud, graduada á veces de necesidad, á veces de hipocresía, y no se atreve á ostentarse, y con frecuencia llena de rubor, pide prestados sus atavíos al vicio. Como el gastrónomo cuyo gastado paladar ya no distingue los sabores, el hombre de la sociedad moderna ya no sabe lo que es bueno, ya no sabe lo que es justo.

La desdicha no está en que practique el mal, sino en que no sepa definirlo. Ha abatido piedra por piedra el edificio social y no acierta á reedificarlo. La familia se va disolviendo, y con ella se disolverán las naciones. Los padres ignoran lo que deben á sus hijos, los esposos á sus esposas, los amigos á sus amigos. La probidad es sinónimo de estupidez, no se sabe lo que constituye el honor.

Figuraos por un momento un salón atestado de ciegos, en el cual resonase de improviso el grito de *fuego, fuego*; figuraos cómo, entregados á un pánico tan terrible, pugnarian todos por salir, atropellándose, hiriéndose, despedazándose, hasta que dando vueltas como insensatos, obstruyendo con su misma confusión la salida, acabarían por morir ahogados antes que las llamas los alcanzasen; figuraos todo esto, y os figurareis el verdadero estado de la actual sociedad.

Se siente abrasada por una ambición de felicidad inmensa; pero ha perdido el norte que la guiaba; no sabe á donde dirigir sus pasos, no sabe lo que quiere; va y viene sin objeto, da vueltas sobre sí misma, y cuanto mas gira, cuanto mas se afana, mas pierde el anhelado centro.

Las ideas nacen y mueren con una rapidez increíble; cada día al despuntar el sol, los hombres se ven obligados á preguntarse mutuamente: ¿qué se piensa? ¿qué es lo que se debe pensar? Y al tenor de la respuesta deshacen el trabajo de la víspera, verdadera tela de Penélope, que no tendrá término nunca.

Sería preciso un nuevo diluvio para purificar á la tierra de sus vicios; sería necesario que bajase de nuevo el Hombre Dios, para separar la luz de la sombra, para marcar con sus divinas huellas el camino que conduce al cielo. Todo esto sería preciso para que la sociedad se detuviese al borde del abismo próximo á tragarla.

Y no obstante, yo que os hablo así, yo también he puesto mi débil piqueta para derrumbar el salvador edificio, y ha sido preciso que perdiese la luz de los ojos para recobrar los ojos de mi alma.

Porque, ¿sabeis cuál es el verdadero origen de esa disolución de las costumbres?

Es que el amor filial se ha extinguido; es que el niño además de no respetar á Dios, tal vez en su consecuencia no respeta á sus padres, y el que no baja sumiso la frente ante la mirada de sus mayores, será con el tiempo un mal esposo, un falso amigo, un malévolo ciudadano, un hombre sin honor.

Si en un instrumento de música se desafina una cuerda, destruye la armonía de las demás. Si en el corazón del hombre no hay una fibra que se estremezca al eco de la voz paterna, podeis deducir desde luego que no responderá á ningún noble sentimiento. El amor filial es la primera, la mas preconizada de todas las virtudes. Los antiguos levantaron un altar á los dos niños que sucumbieron de fatiga bajo el carro de su madre, el cristianismo consagra un dulce culto á los modelos de filial cariño, y Jesucristo nos demostró toda su inmensa trascendencia bajando la cabeza ante las tiernas reconvencciones de su madre. En vano tratareis de elevar la cúpula de un edificio, si no poneis la primera piedra de su base. En vano os esforzareis en enseñar al hombre sus deberes sociales, filósofos, teólogos y moralistas, si no le enseñais antes todos sus deberes de familia, si no le enseñais antes á hincarse de hinojos para venerar á la ancianidad que ha asentado su trono junto al hogar doméstico. Si son grandes los deberes de los padres, grandes son los deberes de los hijos; y el que ve correr una lágrima por la arrugada mejilla de los que le dieron la existencia y no corre á enjugarla con sus besos, se le debe considerar como el mas malvado entre los malvados, y desterrarle para siempre del seno de la sociedad como á un individuo inútil y pernicioso.

Pero escuchad mi historia.

Tenia ocho años cuando mis padres me llevaron á Madrid y me pusieron en un colegio. Allí aprendí á desterrar todas las ciencias; allí adquirí el saber que sobreexcita la imaginación y no ilustra el entendimiento; allí me enseñaron ese funesto análisis de todas las cosas que seca el alma y mata las creencias. Pusieron en mis débiles manos un escalpelo, para que fuese separando fibra por fibra todas las que componen el corazón humano, y un grosero crisol para que depurase la parte que hay de materia en todas las producciones de la naturaleza. Me enseñaron á aprisionar el rayo, pero no me dijeron que Dios forja ese rayo para purificar la atmósfera, y que si consiente en transmitir su poder al hombre, es solo para mostrarle la multiplicación de sus portentos.

Me enseñaron cuáles eran las partículas que concurrían á la formación de los elementos; pero no me hicieron percibir esa armonía dimanada del sagrario del Eterno, que es el alma de la naturaleza, y que revela al alma del hombre que existe un Creador omnipotente. No: nada de esto me enseñaron. Sustituyeron los nombres de caridad y amor con los de deber y fría razón: no me prescribieron que respetase á mis padres, á los superiores, á los desgraciados, sino en cuanto no se opusiera á mi propio interés y á mi egoísmo.

Poco á poco el santuario de mis primeros años, la venerable casa en donde habían vivido mis antepasados con sus espaciosos salones, sus retratos de familia, su sombría alameda, perdieron para mí sus atractivos.

Ya no recordaba con santo respeto las blancas cabezas de mis padres; ya no me estremecía de placer al recordar su bendición cotidiana.

Y no obstante, ellos todo lo habían sacrificado á mi bien; ellos habían ido á establecerse en la capital para velar mas de cerca sobre su tesoro, y se habían privado por su amor hasta del inefable consuelo de verle crecer á sus ojos y recibir sus caricias.

Yo creí de buena fe que con esto solo cumplían su deber; y cuando salí del colegio, desvanecido con mi instrucción acogida con burlona sonrisa cada uno de sus consejos, cada uno de sus mandatos. Los consideraba como instrumentos rotos, que debían hacinarse en un rincón y relegarse al olvido. Quise gozar de una libertad absoluta; quise gozar de todos los insensatos placeres, que me parecían el legítimo patrimonio de la juventud y de un espíritu independiente. Sus consejos me enojaban; hasta sus amantes caricias me aburrían.

Los dejaba solos el uno enfrente del otro en las largas veladas del invierno, sumidos en la tristeza y haciendo votos de felicidad por el ingrato que los abandonaba.

Mi madre enfermó y fué postrándose gradualmente, sin que yo me apercibiera de su estado. Cuando mis amigos me preguntaban por ella, respondía sonriendo:

achaques de la vejez. Una noche, mientras me entregaba á los desórdenes de la crápula, me avisaron que estaba expirando.

Cuando llegué, medio ebrio, junto á su lecho, la moribunda recogió todas sus fuerzas para fijar en mí una postrer mirada henchida de ese amor sublime, único verdadero, único constante que nos es fiel hasta en las desgracias, hasta en el crimen: pero no pudo bendecirme.

Aunque mi padre quedó solo, no varié de conducta. Preso en las redes de una desvergonzada mozueta, me casé con ella.

Mi padre no quiso aprobar mi casamiento y se retiró á estas breñas, en donde rendido á su pesadumbre murió al poco tiempo.

No sé si asomó alguna lágrima vergonzante á mis pupilas. Había aprendido que el hombre, según la ley de la naturaleza, es un ser como otro cualquiera, que cumple su fin naciendo, viviendo y muriendo, y apenas di mas importancia á este suceso, que al derrumbamiento de una encina falta ya de savia para reproducirse.

¡Ah! prosiguió el ciego tras una breve pausa con una amarga sonrisa; fortuna que el cielo piadoso ha arrebatado la luz á mis pupilas, porque si no, buscaría en vano mi casa señorial y no la hallaría. Demolí hasta la última piedra, arranqué de raíz todos los árboles que habían prestado su benéfica sombra á mis antepasados: no dejé ni una sola flor, ni un solo recuerdo. Era preciso que todo se hiciera á mi imagen, á la imagen de mi siglo. Reemplazé los sólidos murallones por paredes de medianería, y adorné mi nueva casa con muebles, que solo tenían de suntuosos la apariencia. Si todo esto duraba tanto como yo mismo, ¿qué me importaba lo demás?

Habia aprendido de mis amigos de orgía que la mujer, instrumento de placer, podría considerárla en su acepción mas sublime, como un dije de salón.

Por lo tanto cuando me casé, solo atendí á mi capricho, y ella fue completamente digna del móvil que me impulsó á elegirla, fuimos muchos hijos, y como es natural los educamos á nuestra semejanza.

Cuando balbucearon la primera palabra, empezaron á tutearnos: á los ocho años discutían con nosotros cuáles eran los preceptos que debían seguir ó rechazar, aprobaban ó desaprobaban la elección de los maestros, y era preciso someter á su tribunal el porqué de todas las cosas. Y á los quince enarbolaban la bandera de libertad absoluta: á los veinte estaban hastiados de los placeres y encenagados en los vicios.

Yo que tascaba el duro yugo de la mujer que habia elegido para adorno de mi salón, consentí, en una grave enfermedad que tuve, á hacerla una carta dotal que representaba casi la totalidad de mis bienes.

Pero Dios no quiso que fuese yo el que muriese, sino mi mujer. Ella era la menos culpable de los dos, y su copa debía ser menos amarga que la mía.

De resultas de mi penosa enfermedad, habia perdido la vista, y caí en un profundo abatimiento. Mis hijos tuvieron paciencia para esperar que yo agotase todos mis propios recursos en subvenir á sus caprichos; luego me arrastraron ante los tribunales para exigirme el dote de su madre, y como una manada de tigres hambrientos, se lo repartieron entre sí, no dejándome ni siquiera las migajas...

— ¡Soy ciego y pido limosna! hé aquí mi historia. Un triste silencio acogió estas palabras: todos lloraban. La jóven se habia deslizado de rodillas, y ocultaba la cabeza en el seno de su madre.

El viejo elevaba sus trémulas manos al cielo, y le daba gracias por haberle concedido aquel ángel consolador, aquel báculo sosten de sus cansados pasos.

— ¡Ah! repuso el ciego entre sollozos, ¡yo no quiero que la justa maldición de mis padres pese sobre mis hijos, no lo quiero! ¡Mis padres obraron mal por imprevisión; yo por ingratitud y por orgullo, y debo sufrir las consecuencias de mi falta! Si sembré cizaña, ¿pude esperar que floreciera el útil trigo? ¡No! yo encorvo la frente, y pido misericordia para mí, misericordia para aquellos que escarnecieron las canas de sus padres, sin prever que el tiempo blanquearía sus cabellos, y serán á su vez objeto de burla y vilipendio.

Por esto, para expiar sus faltas y las mías he venido á este sitio, en donde todo me atormenta recordándome mi pasada grandeza y mi presente horrible desventura.

Cuando hace dos años, yo visité á Molido, también brillaba en el cielo el hermoso sol de mayo. Conocí á aquella virtuosa familia, tal cual la he descrito, dirigiéndose á la iglesia al rayar el alba, para ofrecer á Dios el puro incienso de sus virtudes.

La jóven habia redoblado su filial cariño, cuidando con piadosa solicitud á sus decrepitos padres y al infeliz don Tomás, y obstinándose en no dar su mano al hombre á quien amaba, hasta que aquellos tres queridos seres bajasen tranquilamente á la tumba.

Ella misma me refirió el precedente episodio de sus impresiones, grabado con caracteres indelebiles en su imaginación, y repitiéndome con entusiasmo el precepto del Divino Legislador de las virtudes: «Honra á tu padre y á tu madre, para que tú también seas honrado sobre la tierra. Adóralos, porque su bendición es la única tabla salvadora, sobre la cual podemos atravesar seguros el borrascoso golfo de la vida!»

ANGELA GRASSI.

Revista de la moda.

SUMARIO. — La estación de los placeres. — De los primeros bailes. — Una composición inédita de Rossini. — Nuevos

trajes de baile. — Vestidos de calle tan artísticos como distinguidos. — De los sombreros y los tocados. — Baile de máscaras en casa de madama O'Connell. — Descripción del figurin de este número que representa disfraces elegantes.

Estamos en el tiempo de las diversiones, y no se habla mas que de reuniones y de bailes. La vuelta de la emperatriz Eugenia de su viaje á Escocia ha sido celebrada por la moda y la industria, que saben que la graciosa soberana es el alma de todos los grandes bailes oficiales. Ya se ha bailado en casa de una señora americana, madama Butterfields, en el hotel de Errazu y en otros salones de los principales de Paris. En casa de Rossini se prepara una gran fiesta; se va á cantar por primera vez una obra nueva del inmortal maestro, que se titula *la Regata*. Es una cantata que Rossini ha dedicado á una prima donna del gran mundo, madama Conneau, la misma que canta siempre los solos en los coros que S. M. la emperatriz Eugenia dirige en Tullerías.

Por consiguiente debo hablar hoy de trajes de baile, y voy á señalar algunas de las últimas creaciones.

— Un vestido de tafetan hoja de rosa con una falda adornada con tres volantes de blonda blanca encabezados de blonda negra. Entre cada volante aparece una banda de terciopelo negro orlada de blonda blanca. El cuerpo escotado tiene una especie de berta de tul blanco hueco, graciosamente redondeada sobre los hombros y abierta, con lazos de terciopelo negro y blonda. Las mangas son cortas y huecas con doble bullon de tul y blonda y tul y terciopelo. Se puede hacer para este vestido un segundo cuerpo alto á fin de que sirva para comida ó concierto. Forma este cuerpo una esclavina cuadrada por delante, y por detrás guarnecida de blonda y terciopelo. Unas mangas muy anchas adornadas por el mismo estilo se prenden en el bajo de la manga corta.

— Otro vestido blanco de tafetan que puede servir también para soiré y baile. El tafetan es blanco aterciopelado (una tela muy gruesa y suave que llaman gró de Esmirna). Sobre la falda hay dos altos volantes de Chantilly, dispuestos en túnica y dejando libre el delantero del vestido cerrado hasta arriba con lazos de encaje negro y de trencilla de oro. Olvidaba decir que este vestido está cortado á la Gabriela, y que este corte exige delanteros al sesgo y lisos. El cuerpo escotado tiene una esclavina cuadrada de encaje negro, estilo Luis XIII. La manga á guisa de fuelle es cubierta, redonda por los lados y lisa por arriba con puntilla de encaje negro en los contornos. Es una manga nueva mas original que bonita.

— Un vestido de tul ilusión blanco rizado por abajo con tres faldas dobles y flotantes recogidas con lazos de tul y trencilla de oro. El cuerpo es una onda de tul, con una banda de tul que pasa de un hombro á otro y se anuda al lado del talle.

— Un vestido *Farfalla* de tul blanco ilusión sembrado de mariposas de oro. Es una copia del vestido de Emma Livry en el nuevo baile *la Mariposa*. El cuerpo tiene una berta cortada en fichu. En cada hombro hay una mariposa de oro. Nada mas caprichoso que este traje.

— Un vestido de tafetan de dos matices violeta de Parma y violeta comun; es un ramillete de violetas. La falda de tafetan está sembrada de florecillas de terciopelo malva y violeta, y en el bajo hay una ancha banda de terciopelo violeta con cortes de tafetan en forma de ramilletes de violetas. El cuerpo es escotado y lleva otra banda de terciopelo y violetas.

— Un vestido de tul blanco con cortes de tul imitando lilas. Es casi un traje de novia. Por consiguiente este vestido conviene solo á una bonita jóven.

En cuanto á trajes de calle, tengo que señalar algunos muy artísticos. La moda elegante, en toda la acepción de la palabra, no se exige sino á cierta clase de señoras ricas y aristocráticas que están en posición de hacer valer las gracias de un prendido. El primero que voy á describir es para ir en coche.

Es un vestido de moaré antiguo gris ilustrado con follajes en relieve con cuello y vueltas de tafetan negro guarnecidos de ruches de tafetan negro y blanco. Las vueltas continúan al sesgo por cada lado de la falda y siguen toda la orla del vestido, con el mismo rizado blanco y negro. Las mangas tienen vueltas también por el mismo estilo.

Para ir á pié es bonito un vestido de gró de Esmirna, color cuero de Rusia con motivos bizantinos. El bajo está adornado con dibujos moriscos de tafetan negro rizado.

Hablemos ahora de los tocados, y principiemos por los sombreros.

— Un bonito sombrero de terciopelo negro con bavolet de blonda blanca. Sobre el ala hay un adorno de puntilla de encaje negro y blanco, con una rosa en uno de los lados. En el interior igual adorno.

— Otro de tul blonda con bavolet y ala de terciopelo grosella de los Alpes. En el ala un rizado de terciopelo blanco forrado de raso blanco con una pluma que cae de lado. En el interior un ramillete de violetas.

— Otro de terciopelo negro con fondo de terciopelo azul turquí, formando catalana recogida con tres flores azules.

— Otro de terciopelo rubí con plumas y encaje negro.

— Otro de tul blonda bordado cubierto de plumas blancas por entre las cuales sale una rosa sin follaje, como Venus saliendo del seno de la onda. En el interior hay un cordón de plumas con una rosa en medio.

Pasemos á los tocados de baile y de teatro.

Hé aquí los mas elegantes:

— Diadema reina de la noche, compuesta de florecillas de terciopelo azul sembradas de estremitas de oro.

— Una corona formada por tres ramos de laurel sostenidos con follaje natural. Sobre la frente hojas de laurel rosa, y á los lados una hoja purpurina y una hoja blanca.

— Otra corona formando una Ceres de capullos de rosa con una gran rosa al lado.

— Una redecilla de follaje.

— Un tocado antiguo de follaje de oro y de florecillas de terciopelo purpúreo con corazón de oro.

— Un *pouff* Pompadour de rosas de distintos matices.

— Un tocado Fontanges con un simple bandó de terciopelo y lazo de terciopelo y flores á los lados.

— Un adorno-turbante de tul rizado con hojas de gasa de oro formando broche. Por un lado un encaje negro flotante, y por el otro un ramo de florecillas malva y oro.

— Un tocado Castiglioni que describe un bandó de terciopelo verde; margaritas blancas y follaje de yedra, adelantado en ramillete sobre la frente.

Hé ahí las primeras novedades de la estación de los placeres. El mes próximo estaremos en lo mas fuerte de los bailes de trajes.

Si me atreviera, os describiría el traje que vuestra humilde servidora llevaba el 17 de diciembre, en el baile de máscara que madama O'Connell daba en su magnífico estudio de pintura. Había allí artistas, periodistas y muchos extranjeros distinguidos. Madama L. Figuier, la mujer del inteligente folletista científico de la *Presse*, iba vestida de gitana; madama de Revil de maga, y la Borghi Mamo llevaba un traje de capricho. Madama O'Connell lucia las galas de reina de Saba; estaba magníficamente vestida con telas indias, y en la cabeza llevaba un turbante adornado de pedrerías.

La embajada persa asistía al baile sin disfraz. En cuanto á mi persona estaba disfrazada con un traje de Marly, del tiempo del pintor Laueret. Un traje de jardín ni mas ni menos, compuesto de una falda de muselina blanca bordada con volantes y rizados por los cuales pasaba una cinta rosa. Sobre esta falda caía un sobretodo Watteau con cuerpo escotado y alto por los hombros; por detrás formaba un ancho pliegue que describía una cola de corte muy graciosa. Una ruche de tafetan rosa seguía los contornos del sobretodo y del cuerpo. Las mangas eran de la época, colgantes, justas por arriba, abiertas en la sangría y con adorno de muselina.

Polvos en el pelo y sombrero de paja de arroz muy abarquillado. En uno de los lados habia un grueso ramo de rosas. Zapato de rosa blanco, con tacón rosa, rizado y cintas color de rosa.

Terminaremos por el figurin que completará, digámoslo así, la descripción de ese baile de máscaras.

La primera figura lleva un traje Luis XV compuesto del modo siguiente: Falda de raso blanco adornada con un alto volante de encaje encabezado con un rizado del tul y encaje por el cual pasa una cinta blanca. De distancia en distancia florecillas azules con corazón plateado. Segunda falda abierta y redondeada en túnica con mangas y cuerpo. A los lados cae un encaje. Mangas anchas. Este vestido se hace de moaré antiguo ó de raso color albaricoque. Tocado con polvos y muy historiado. Una pluma blanca y una pluma azul rizadas caen á la derecha, acompañadas de otras plumitas blancas que salen de un pompon de plumas azules y perlas blancas. Diadema de estrellas de diamantes. Collar y brazaletes de perlas blancas. Zapato de raso blanco con tacones azules.

El segundo traje es de gitana. Basquiña de raso encarnado bordada de flores de oro. En el bajo un galon de oro. Segunda falda de tafetan rayado. Cinturon de oro. Camisolin de batista. Cuerpo de terciopelo punzó ilustrado de galon de oro. Chal oriental de gasa con ribete rayado. Brazaletes, collar y tocado de oro cequies. Grandes mangas flotantes de tul ó de gasa puestas debajo de las del cuerpo que son de terciopelo. Botitas de terciopelo bordadas de oro. Anillo de oro en la garganta de la pierna.

El último traje es de aldeana de la Finlandia. Falda de lana rayada, con delantal de tafetan rosa. Cuerpo muy corto de terciopelo negro con un chaleco y una guimpe de seda amarilla ilustrada con bordados. En medio un florón de terciopelo claro ó de raso. Mangas largas, con bordados arriba. Tocado de tejido de oro. Medias de seda de color de rosa y zapato de terciopelo negro.

VIZCONDESA DE RENNEVILLE.

Una cacería en el Líbano.

Los últimos reflejos del sol venían á extinguirse en las ventanas del palacio del emir Ben-Martoum cubriendo toda la fachada con un manto de oscuridad.

Solamente en el zenit del cielo, las estrellas abrían y cerraban sus brillantes ojos sobre el azul sombrío de una noche sin luna.

— A dormir, dijo el príncipe, mañana será ruda y penosa la jornada. El sueño es el padre de la salud.

Un sirviente jóven que esperaba echado sobre la estera delante de la puerta, se levantó y me condujo á un kiosko donde habian establecido mis cuarteles.

Es la caza ocupación magnífica, y comprendo que los príncipes gusten de este noble simulacro de la guerra. En la cacería despliegan con libertad su valor, su esplendor y su elegancia. Despues de Nemrod, casi todos los reyes en todos los siglos y en todos los pueblos, han hecho de la caza uno de sus pasatiempos favoritos y á veces uno de los atributos de su soberanía.

Al abrir mi puerta por la mañana, hallé el corral lleno de ruido, de movimiento, de animación y vida. Los palafreneros tenían en sus manos las riendas de los caballos que relinchaban al aspirar el aire puro con las narices abiertas, enderezando sus orejas hácia adelante, golpeando la tierra con sus cascos y sacudiendo con bruscos movimientos del cuello, como racimos de frutas próximas á caer, las borlas que colgaban de los bocados. Varios sirvientes quedaban en la puerta de las pereras distribuyendo latigazos á los lebreles impacientes y á los de muestra mal sufridos.

Todo se parecía á las partidas de caza de los castillos feudales.

El colorido local estaba mas particularmente representado por tres halconeros de tez tostada, bajo el sol de

la Etiopia, con vestidos de veinte colores y turbantes de pelo de camello, llevando dos aves en la mano.

Pronto aparecieron las hijas del emir montadas en caballos negros de pura raza, sobre cuya piel lustrosa, suave y negra como el ébano, resaltaba la silla de terciopelo encarnado y la brida de escarlata. Las princesas vestían albornoz azul y el velo flotante de las mujeres de Oriente, que las envuelve como en una nube. Los caballos á la vez mansos y fogosos, cubrían de espumarajo plateado el pecho, echaban fuego por los ojos, y se violentaban al verse contenidos, orgullosos de conducir tan bella carga.

El mismo emir pretendía hacer cierta ostentación de magnificencia. Montaba sobre su mejor caballo, llevaba su mejor vestido y ceñía sus mejores armas.

Todos los de la partida se esmeraron en los trajes, ar-

neses y arreos. Solo un druso que nos acompañaba afectó menosprecio, equipándose lo mismo que para una batalla. Cuando salió del corral saltando sobre el caballo, me pareció verdaderamente soberbio con su largo fusil de chispa adornado de abrazaderas de cobre; la culata incrustada en marfil de las fábricas de Alepo, golpeándole las espaldas su albornoz que se entreabría, dejando brillar en la cintura los puños cincelados de dos yataganes, y el turbante druso haciendo resaltarse mas su tez bronceada y torvo aspecto.

La comitiva se puso en marcha lentamente á la órden del emir, por las sinuosidades de una montaña. Tan pronto nuestro acompañamiento desaparecía detrás de las rocas ó de los árboles, como se desplegaba sobre rampas estrechas, semejantes á unas bandas de vivos colores.

En el fondo de un risueño valle, descubrimos el castillo del emir con sus cúpulas, azoteas y minaretes. Antes de llegar, una alondra salió de nuestros piés, trinando como el clarín de la diana y se remontó al cielo. Me eché la escopeta á la cara é hice el disparo del rey. El pájaro cayó á los piés de la hija mayor del emir, cuyo caballo dió un bote sin peligro.

El druso Iman le cogió por la brida é inclinándose hacia ella dijo:

— Nada respetan estos extranjeros.

— ¿Es acaso grande mal, repuse yo, matar una alondra?

— Quizás no lo sea á tus ojos de infiel, pero á los míos sí.

Mientras tanto, mi disparo habia puesto en acción á la comitiva. Los halcones empezaban á aletear en el pu-



LA RONDA DE LOS MESES, dibujo alegórico de M. A. Marc.

ño de los halconeros y los perros alargaban la trahilla. Nadie se dignó recoger el pájaro muerto y aun algunos volvían el rostro con horror.

— ¿Habré cometido un crimen? pregunté á la hija pequeña del emir.

— Un crimen no, me contestó sonriéndose bajo su velo; pero sí una falta. La alondra es para los drusos ave sagrada á quien no se debe matar. Si nuestra caza es mala, se echará la culpa á vuestra alondra.

Bandadas de perdices rojas que pasaban á cada minuto por encima de nuestras cabezas, aseguraban claramente que si la caza era mala, sería culpa de los cazadores, no de las aves.

Llegamos por fin al pié de la montaña, orillas de un río cubierto de adelfas. Uno de los diques de la acequia se había roto cuando el deshielo de las nieves, y el agua se derramaba en vasta extensión. Aquí y allí haces de juncos marinos y de espesos enzarzados de plantas acuáticas, ofrecían á los pájaros esos impenetrables refugios,

donde casi nunca puede el cazador sorprender su seguridad.

— Aquí la gente, exclamó el emir en tono de mando.

Los halconeros se aproximaron con su falanje de picos y uñas á pasar revista.

La hija del príncipe á quien este confió la dirección de la caza propuso para avanzada un halcón de Rusia, blanco como la nieve de su país, con una mancha negra al extremo de sus grandes alas.

— Buena elección, dijo el emir, y la aprobaría si quisiéramos cazar perdices en la llanura; pero para laguna, mejor es este.

Y nos mostró un halcón rojo, cuyas plumas pardas estaban salpicadas de manchitas de púrpura, de pico corvo, uñas aceradas, alto, fino, delgado y nervioso, que ofrecía extraño carácter de ligereza, fuerza y audacia. Así á este se le reservó el honor de la mas hermosa presa.

Otro halcón joven, criado en casa del emir, que no habia visto aun un pájaro al aire libre, recibió la órden de

estrenarse. Los demás entraron en el cuadro de reserva,

Mientras tanto, los picadores lanzaban al través de los cañaverales dos perros de Creta, color gris con franjas plateadas, que empezaron á nadar soplando, cual si fueran focas marinas.

Hubo un momento de espera solemne; los pechos no palpitaban ya; cada cual tenia el alma en los ojos: las mujeres, como siempre, estaban mas conmovidas que los hombres.

Ellas prefieren y deben preferir á todas la caza del halcón, porque en ella se persigue mucho y se caza poco. Las presas apenas sangran y muchas veces van á morir bastante lejos, de modo que pueden dejar de mirárselas en el momento fatal de la agonía.

Muy luego vimos salir del agua un pájaro nuevecillo de vuelo pesado é incierto; ni siquiera probó á tomar aire tratando de huir como pudo al azar, con un movimiento débil y apresurado.

(Se concluirá.)

B. DEL BARCO.